



COLECCIÓN PÍNFANOS

VOLUMEN 8

VIRUS

Madrid

En recuerdo y agradecimiento a todas las personas e instituciones que, a lo largo del tiempo, hayan contribuido con su cariño, esfuerzo y dedicación a que el hecho de ser pínfano no fuera únicamente una desgracia.

© *De los autores indicados en cada relato*
© *Imagen de la portada: Fernando Lazo Payo (Zoyo)*
Editado por la Asociación de Huérfanos del Ejército
Recopilación, diseño y edición: Santiago de Ossorno
Primera edición: 7 de mayo de 2025

CONTENIDO

PRESENTACIÓN	7
EL PECADO	11
EL GOCHO	19
EL RÍO LÉREZ	23
INGRESO AL CHOE.....	31
MANOLO EL BARQUERO.....	41
PREPARANDO EL INGRESO	49
EL NUMERILLO	59
RECUERDOS	67
EL CAJÓN	73
EL RELOJ.....	77
MI PRIMER DIEZ MIL.....	83
SOLO PENSABA EN MÍ	89
UNA TARDE DE CINE	97
EL INTERNADO Y LOS GRUPOS	105
MI PERIPLO POR LOS COLEGIOS	121
FIN DEL INTERNADO	133
LAS LÁGRIMAS SANADORAS	147
AVENTURAS INÉDITAS EN EL COLEGIO M ^a CRISTINA.....	153

PRESENTACIÓN

La Colección Pínfanos arrancó en octubre de 2013 con cuatro libros de relatos elegidos entre los disponibles en nuestra página web; desde entonces, gracias a las continuas aportaciones de los pínfanos, la hemos hecho crecer siendo este el octavo libro.

Desde el mismo día de nuestro ingreso en alguno de los colegios de huérfanos quedábamos marcados para siempre por una serie de situaciones y palabras que, sin poder imaginarlo entonces, nos acompañarían durante el resto de nuestras vidas.

Basta nombrar cualesquiera de ellas, tanto da pínfano como trapillo, pitraca, aspirino, virus, marmota, pava o iqueo, queo! para que un caudaloso torrente de recuerdos infantiles y juveniles inunde con nostálgica luz nuestra memoria.

Cuánta razón tiene la frase anónima «los acontecimientos, cuando no se escriben, no se cuentan o no se recuerdan es como si no hubiesen ocurrido».

Nosotros tenemos la suerte de contar con compañeros que, además de poseer una memoria prodigiosa y escribir la mar de bien, han dedicado parte de su madurez a recordar algunos hechos, construyendo palabra por palabra deliciosos relatos que son fiel reflejo de nuestro paso por los internados.

En los libros de la colección se han ido recogiendo relatos publicados en la página de la Asociación que con los años quizá hayan ido quedando en el olvido, semi escondidos tras una maraña cibernética que a no pocos confunde.

Con la edición y mantenimiento de la colección, gracias a los medios y tecnología actuales, desde la Asociación quisimos dar a estos relatos una segunda oportunidad de volver a ser leídos y disfrutados, tanto en formato de libro tradicional como en los modernos formatos electrónicos, porque los pínfanos conservamos una capacidad de adaptación a lo nuevo fuera de lo común.

Se han seleccionado relatos al azar, procurando que todos los colegios y épocas estuvieran representados. Otros relatos han quedado a la espera de comprobar la acogida de la idea entre los pínfanos y, de ser favorable, verán la luz en nuevos libros que se incorporen a la colección.

Sus autores dieron un paso al frente consiguiendo superar el inevitable olvido y gracias a ellos podemos ahora leer historias y sucesos que seguramente nos traerán a la memoria nuestras propias historias y sucesos, tan parecidas a las incluidas que podrían ser las mismas.

Leyendo las peripecias de los protagonistas podremos volver a vernos, siquiera en la imaginación, tal como éramos entonces, ¿quién no se identifica con Higinio Zardoya, Mundi, África la pínfana, el toledano Juan o el pínfano de O Grove?

En el primer volumen de la colección de la colección se incluyó un relato que representa la excepción que permite cumplir con la regla, su inclusión es merecida porque está escrito por un hombre excepcional, hablamos de don Miguel Delibes Setién ((Valladolid, 17 de octubre de 1920 - 12 de marzo de 2010), novelista español, doctor

en Derecho y catedrático de Historia del Comercio, periodista y director del diario El Norte de Castilla, autor de grandes obras.

Que sepamos no era pínfano, aunque de haberlo querido podría haberlo sido, ¡qué menos que pínfano de honor!, porque escribió un relato sobre nosotros y esa es otra forma de serlo o de sentirlo.

Esperamos que la lectura de este nuevo libro de la Colección resulte grata y placentera a una mayoría, aquella que recuerda con cariño su paso por los distintos internados, a sus antiguos y queridos profesores, a los viejos compañeros de fatigas, las fiestas de la Inmaculada, la piscina del Bajo, las preparaciones militares, Aranjuez o los inigualables Castillos de verano.

Desde estas líneas quisiera volver a recordar las premonitorias palabras de África, una entrañable pínfana de 15 años que vaticinó *«aunque, quién sabe, puede que, dentro de un montón de tiempo, haya algún sistema por el que podamos volver a ponernos en contacto e incluso reunirnos los que pasamos tantos años en los colegios de huérfanos»* con las que acertó de lleno: mantenemos nuestra página web, hemos celebrado una veintena de Días del Pínfano y la Asociación sigue adelante, vivita y coleando.

*Santiago de Ossorno
Secretario de la AHE, 2013-2017
Administrador de la página web desde 2012*

EL PECADO

Marta González Bueno



Uniforme de paseo en perfecto estado de revista. Los zapatos marrones, que no eran nuevos, lo parecían por lo bien pulidos que estaban, las medias, color carne, no presentaban ni una arruga, el pichi gris, con blusa blanca, y rematada con un cuello de plástico blanco, resplandeciente. Se complementaba con una pajarita roja muy bien colocada, sin desviarse a alguno de los lados, como ocurría en ocasiones menos solemnes. El conjunto era impecable.

Pero lo mejor de esta visión se encontraba al seguir elevando la mirada. El rostro, enmarcado en una media melena bien peinada, contenía unos ojos luminosos y vivarachos y una amplia sonrisa que parecía que nada ni nadie podría borrar. Curiosamente, la descripción se adaptaba perfectamente a las dos amigas. El color de pelo variaba ligeramente de moreno a castaño, y, en altura, tenían unos centímetros de diferencia, pero se diría que eran intercambiables. Habían tenido la gran suerte de que les tocara a las dos participar en la vivencia de una de las aventuras más deseadas por las internas. Lo sabían hacía un mes, más o menos y como eran muy listas, habían tenido la precaución de mostrarse cautas y contenidas para no atraer sospechas que hubieran podido frustrar su deseo de vivir juntas esa experiencia.

Y ahí estaban las dos, con el resto de las compañeras seleccionadas para postular. Acababan de llegar a Madrid, y estaban en el Ministerio del Ejército, esperando las instrucciones y el reparto de las huchas, tras lo cual, se separarían, en parejas, e invadirían las calles próximas al Ministerio, para recaudar fondos para la Cruz Roja. Era la Fiesta de la Banderita.

Realizaron, por recomendación, una última visita a los aseos antes de salir, lo que les permitiría pasar tranquilas la mañana. Aprovechando el momento, las amigas,

frente al espejo y sin abandonar la sonrisa, se pellizcaron ligeramente las mejillas, como habían visto que hacía la madre Loreto cuando alguna interna recibía una visita. Este forzado rubor favorecía, además de proporcionaba un aspecto más saludable.

Ya fuera del Ministerio, pudieron dar rienda suelta a su alegría, la sonrisa se transformó en risa, un poco nerviosa al principio, luego se permitieron una franca carcajada. Se sentían felices y con fuerza para abordar a todos los peatones que se cruzaran en su camino. Iban a ser, se prometieron, de las que más recaudaran.

Antes de comenzar, se entretuvieron unos minutos mirando la mesa petitoria, a una cierta distancia claro, no querían ser indiscretas. La mesa del Ministerio del Ejército de Tierra era una más, pero muy importante, entre las muchas que se habían puesto por diferentes lugares de la capital, al amparo de instituciones y edificios emblemáticos. En ellas se situaban algunas aristócratas, las autoridades, bueno, mejor dicho, sus cónyuges mujeres, y otras personas relevantes de la sociedad. Iban ataviadas con sus más bellas galas, como diría después el NODO. Personas también muy bien vestidas, que parecían importantes, o personas populares y famosas, se acercaban a la mesa, saludaban efusivamente a todas las mujeres que la constituían, y depositaban un billete o dos de los grandes. A la vista de todos, no podían parecer tacaños. Algún miembro de la mesa se incorporaba para condecorarles en la solapa con un distintivo especial, como agradecimiento por su donación y se despedían entre sonrisas de todos.

Las amigas no tuvieron la suerte de reconocer a ninguna de las componentes de la mesa ni ver a ningún famoso, así que, con la esperanza de tener más suerte en otro momento, procedieron a iniciar su cuestación. No se

escapaba ni un transeúnte, a todos abordaban con la mejor de sus sonrisas, lo que no era muy difícil para ellas. La vista de algunos muchachos jóvenes aceleraba sus pasos y el ritmo de sus corazones, y, entre codazos, más o menos disimulados, se acercaban a ellos para solicitar sus donativos. Algún piropo sí que lograron además de las monedas que depositaban en la hucha.

No todo eran monedas. Había quien se mostraba más generoso y se desprendía de un billete de más o menos valor, que había que doblar para ayudar a que entrara en la hucha. Por el contrario, algunos no respondían a su petición, sino que mostraban la pegatina de su solapa, indicando que ya habían colaborado a través de otras compañeras.

Pronto se dieron cuenta que eran muchas en un área muy pequeña, así que decidieron alejarse algo más del Ministerio. Tenían cuidado de fijarse donde estaban, para no despistarse y siguieron abordando a la gente sin piedad; todos debían hacer su donación.

En una de las calles por las que se aventuraron, tuvieron un feliz encuentro. La tía de una de ellas, que había sido avisada por su madre, se aventuró a acercarse a la zona con la esperanza de encontrar a su sobrina. Y sí, la encontró, con una gran alegría por parte de las dos, que no escatimaron en muestras de cariño. Era hermana de su madre y se había casado con un extremeño que estuvo trabajando un tiempo en Galicia. Nada más casarse fueron a trabajar a Madrid, y ahí residían desde entonces. Después de charlar un ratito, su tía decidió que iba a invitarles a una bamba, o lo que quisieran. Conocía una buena pastelería por allí. Entraron, y, como no había muchos clientes a esa hora, podían mirar a su antojo la oferta. Cuando se interesaron por las bambas, la dependienta se dirigió a ese pastel como “cristina”, ya que de

las dos maneras se llamaba. Esto hizo mucha gracia a las amigas, porque a ellas mismas también las llamaban “cristinas”, como alumnas del colegio de María Cristina de Aranjuez. Así se lo explicaron a la señora de la pastelería y a su tía. Como no podía ser de otra manera y celebrando la coincidencia, eligieron tomarse una cristina cada una. Después de disfrutar el momento, se despidieron muy cariñosas de la tía, y con energía renovada, siguieron abordando a los peatones con los que se cruzaban. Después de un buen rato, descubrieron un parque pequeñito, con varios bancos y un columpio. Era una pequeña plazoleta, que estaba prácticamente vacía. Decidieron descansar un ratito, y aprovecharon para comprobar que el poco dinero que habían llevado para gastar, seguía a buen recaudo en su faltriquera. Ya casi nadie usaba faltriquera, pero las amigas sabían que era una forma segura de llevar el dinero, como habían aprendido de la madre de una de ellas, que regaló otra a la amiga y desde entonces, se había acostumbrado a usarla también.

El dinero pensaban gastarlo por la tarde, en el rato libre que, después de comer, les daban para poder dar una vuelta por Madrid, libres de vigilancia. Eso lo sabían porque se lo habían oído contar a otras compañeras que habían vivido la experiencia antes que ellas.

Charlando y riendo empezaron a dar vueltas a la hucha, para ver cómo era el precinto, curioseando el sistema y agitándola para comprobar el peso. Al ponerla con la ranura hacia abajo, inexplicablemente, salió una moneda que cayó al suelo, se miraron por un instante y se echaron una franca carcajada, con los ojos más brillantes que nunca.

Nuevas perspectivas se dibujaron en el horizonte. Desapareció el cansancio y comenzó su perdición. Podían

obtener algunas monedas más con las que incrementar los ahorrillos que llevaban en la faltriquera. Lo lograron después de un estudio minucioso sobre la ligera inclinación que debía tener la hucha, combinada con la intensidad de la agitación, para permitir la salida de la moneda al exterior.

Afortunadamente, al poco tiempo de su descubrimiento, comenzaron a llegar algunas señoras con niños pequeños, con intención, según todos los indicios, de pasar un rato jugando allí. Eso les ayudó a volver a la realidad de inmediato. Debían seguir postulando y llegar puntualmente al Ministerio, así que reiniciaron la tarea con nuevos bríos y siguieron asaltando a cuantos peatones se cruzaban en su camino, con la esperanza de compensar lo sustraído.

Llegaron al tiempo que iban haciéndolo las demás compañeras, justo para entregar la hucha y visitar los aseos de nuevo, antes de ir a comer. Todas las compañeras se quitaban la palabra, contando las múltiples pequeñas incidencias, que, asombrosamente, se convertían en trascendentes anécdotas. Las amigas contaron la visita a la pastelería, provocando alguna breve insalivación por parte de quienes las escuchaban. Poco importaba, porque la comida que les ofrecieron los militares, superó sus expectativas en cuanto a calidad y cantidad.

Todas quedaron muy satisfechas

Después de la comida, y de escuchar las imprescindibles recomendaciones sobre la conveniencia de mantener un comportamiento adecuado, estuvieron listas para disfrutar de un par de horas de libertad. Se dispersaron en grupos o en parejas para ir, sobre todo, a las tiendas cercanas. Allí, si no podían comprar, al menos podían mirar. Muchas coincidían en unos grandes almacenes, donde

solo subir y bajar por las escaleras mecánicas ya suponía una diversión.

Las amigas fueron a los grandes almacenes y se detuvieron en la sección de ropa, donde aspiraban a comprarse una blusa. Habían oído que a veces había oportunidades, pero, al parecer, no era época de rebajas. De todas formas, observaron algunas prendas y jugaron a ser clientas expertas, antes de aterrizar en la sección de perfumería, donde compraron una colonia, distinta para cada una, pero de precio casi idéntico.

Y vuelta al Ministerio, donde las esperaba el autobús que las llevaría a Aranjuez, al internado, a la rutina.

Un poco antes de salir, se les informó que muchas contenían más dinero. Por descontado que ellas no figuraban entre las que más habían recaudado.

Pasaron unos días antes de que las amigas pudieran hablar en el Colegio, del tema de la postulación. No era fácil estar las dos solas, pues las monjas preferían que se reunieran más niñas en el patio. Insistían en que estar dos solas era peligroso, el demonio podía interponerse. Las niñas acataban la orden, como tantas otras, a regañadientes y sin entender. Pero cuando se presentó la ocasión, pudieron hablar tranquilamente del tema. Bueno, tranquilamente no es la palabra más adecuada, porque las dos coincidieron en que estaban inquietas y aunque aún les provocara la risa evocar la situación, y los detalles de aquel día, estuvieron de acuerdo en que debían confesarse y afrontar la penitencia. Les iba a costar mucho confesarse de un pecado tan extraordinario, y temían las consecuencias, pero querían descargar sus conciencias.

A la primera oportunidad, salieron del estudio con la intención de cumplir con su propósito. Ambas le contaron al confesor la circunstancia y los detalles de su no

planeado hurto. El sacerdote, una persona bondadosa y comprensiva en aquellos tiempos, les hacía preguntas sobre los detalles más pequeños. Las amigas coincidieron en todo. Si ellas hubieran podido verle la cara al otro lado del muro de madera, le hubieran visto sonreír. La penitencia impuesta les pareció adecuada, según comentaron después: rezar el Señor Mío Jesucristo y dos Padrenuestros, y la promesa solemne de reservar una parte de la próxima propina que recibieran, para la siguiente vez que se hiciera una recaudación con fines benéficos.

Las amigas quedaron liberadas y contentas y, siguieron siendo unas buenas alumnas durante unos años más.

P.D. Este secreto sale a la luz después de más de 60 años. No voy a revelar mis fuentes para no herir sensibilidades. Pero, en todo caso, creo que el delito, si existió, ha prescrito. Vale.

EL GOCHO

Francisco Antonio Álvarez López



Aquellos viajes de mi infancia en unos vetustos trenes arrastrados por impresionantes locomotoras de vapor, alimentadas con carbón y agua, suponían en numerosas ocasiones, una apasionante aventura. Ir de mi pueblo a Padrón, separados aproximadamente por trescientos cincuenta kilómetros, se tardaba cerca de doce horas.

Había tres categorías de vagones en los que viajar: los de primera clase, que eran los más lujosos y caros, para la gente pudiente. Los de segunda, similares a los anteriores pero ligeramente inferiores en lujo y precio, prácticamente igual de cómodos, pues eran apartamentos cerrados para ocho personas. Y finalmente los de tercera clase. Vagones completamente abiertos con lo que de un vistazo se podía ver a todos los pasajeros del mismo, con asientos corridos de madera. Estos vagones, faltos de comodidad, eran sobrados de bullicio y alegría entre sus ocupantes. Si uno sacaba una hogaza de pan con chorizos caseros, otro se acercaba con una bota de vino y otro más con una tortilla, no faltando el de la guitarra para animar la fiesta.

Los pínfanos, cuando íbamos al CHOE o volvíamos a casa de vacaciones, viajábamos en segunda clase con un documento que llamábamos pasaporte; un billete militar que nos permitía viajar en aquella modalidad.

Conocedores del ambiente que se respiraba en tercera, era normal que fuéramos allí para asegurarnos una buena comida y agradable fiesta.

Cuando hice la primera Comuni3n en Padr3n, mi madre quiso compartir ese inolvidable acto conmigo. Extraordinario aquel veinticuatro de mayo de mil novecientos cincuenta y siete del que recuerdo con añoranza los nombres completos de mis once compa1eros de ceremonia, incluidos los dos monaguillos y la tarde en el monte de

Santiaguíño, y la foto con mi amigo Gabi, quien me cuidaba como mi hermano mayor...

Mi madre no tenía pasaporte para viajar en segunda clase y el viaje de vuelta a casa lo hizo en tercera. Vagón abierto, asientos de madera, como dije, y todo el personal a la vista.

En el mercado de Padrón había comprado un gocho, que es así como llaman a los cerdos en mi pueblo, por cien pesetas, sesenta céntimos de euro.

Esto me lo comentó ella al cabo de algunos años, porque desde que murió mi padre, a la edad de treinta y siete años, vivíamos en la casa de mis abuelos. Una gran casa de pueblo donde teníamos siempre gallinas, a veces una cabra y por supuesto un gocho que se mataría entre diciembre y enero, cosa que normalmente hacía mi tío Andrés, quien lo despiezaba y colgaba al sereno para después hacer chorizos, morcillas y demás carne troceada que nos servía de alimento para gran parte del año.

El pequeño gocho, lo llevaba en una caja que previamente había metido debajo del asiento que ocupaba, pero en el momento que pasó el revisor, el gochin dio un pequeño gruñido.

— ¿Qué es eso?

— No sabemos —respondieron todos.

—¿Como qué no? Es un cerdo. ¿Dónde está?

—Aquí —respondió mi madre para no involucrar a sus compañeros.

—Pues tiene que pagar un suplemento por el animal, señora.

Al gocho que, como dije, le había costado cien pesetas, le quería cobrar treinta por su billete.

—Lo tiro por la ventana, yo no pago ese dinero.

—Ni se le ocurra, señora. Agrava usted el problema.

—Yo le pago ese billete —dijo un señor de traje negro y sombrero de fieltro.

—No permitiré tal cosa —respondió mi madre.

—Pues permítame que entre todos hagamos una colecta —propuesta que todos aceptaron de buena gana y mi madre consintió complacida.

Una vez concluida la colecta sobraron cien pesetas que también le dieron, con lo cual resultó gratis el gochin, el cual fue presentado entre todos los presentes con aplausos y jolgorio.

Aquel animalito que cuando se compró pesaría doce kilos, cuando fui de vacaciones en verano rondaría los cuarenta y ciertamente daba gusto ver lo feliz que se encontraba, pues no tenía otra cosa que hacer más que comer, corretear por el huerto y retozar en una pequeña charca que le había hecho mi hermano. En mi siguiente viaje en tren, estaba yo expectante con todo lo que ocurría a mí alrededor. En un momento determinado y en una estación que no recuerdo, una misteriosa mujer depositó unas cajas debajo de mi asiento. Acto seguido desapareció y yo, esperando con ansiedad oír gruñir al gochin, cosa que no sucedió. Al cabo de unas cuantas estaciones, una vez pasado Orense, otra señora entró en mi apartamento y recogiendo el paquete se despidió de nosotros esbozando una leve sonrisa.

Me quedé sin ver al gocho, cosa que era imposible, porque según me contaron, se trataba de contrabando de tabaco y café, conocido como estraperlo, pero esto ya es otra historia...

EL RÍO LÉREZ

Santiago de Ossorno



(Relato basado en hechos reales)

Acabado el curso viajábamos en autobús al Instituto Nacional de Enseñanza Media de Pontevedra —actualmente se llama Valle Inclán, pero en el Libro de Calificación Escolar no consta su nombre y para nosotros era simplemente el Instituto— para examinarnos por libre, los nervios estaban a flor de piel entre los estudiantes porque daba igual si habías llevado los estudios bien, mal o regular durante el curso, el examen final en el Instituto era el que dictaba la sentencia definitiva y de las notas dependía el veraneo.

El 22 de junio de 1965 subimos de forma ordenada, tras pasar la inevitable lista, al autobús militar que nos llevaría hasta Pontevedra desde Padrón, distantes poco más de 40 kilómetros; las monjas lo tenían todo meticulosamente preparado y previsto, las bolsas individuales de comida para el tradicional y esperado picnic campestre, la documentación necesaria, todos los huérfanos en perfecto estado de revista, el pelo cortado casi a cepillo, bien lavados y peinados a raya con tiralíneas, los uniformes limpios, los zapatos relucientes, los calcetines blancos bien estirados hasta debajo de la rodilla, soldaditos de plomo recién pintados.

Una vez en marcha tocaba cantar a coro para amenizar el corto trayecto, «ahora que vamos despacio vamos a contar mentiras tra la rá, para ser conductor de primera acelera, acelera, qué buenas son las hermanas no sé cuántos, qué buenas son que nos llevan de excursión...» y la lista completa de grandes éxitos típica de las excursiones, todos a una seguíamos el obligado rito coral intentando conseguir calma y tranquilidad cara a los exámenes.

Al llegar a Pontevedra nos apeábamos cerca del Instituto, situado en el paseo de la Alameda, siempre llegábamos sobrados de tiempo, la puntualidad de nuestras monjas sería la envidia del colegio inglés más exigente; antes de entrar nos dejaban pasear unos minutos por el parque de las Palmeras para descargar la ansiedad acumulada durante los días previos; recuerdo que allí había un pobre mono atado por el cuello con una larga y ligera cadena; al aire libre, sin una mínima jaula en la que guarecerse, el pobre animal se estresaba ante tanto niño revoltoso merodeando su espacio y se volvía una fiera agresiva, había que tener mucho ojo porque como te pillase desprevenido lo llevabas claro.

Una vez reagrupados y contados por enésima vez, no fuera que se hubiera despistado alguno, subíamos la imponente escalinata de entrada al Instituto bajo la estricta vigilancia de las monjas y buscábamos las aulas de los exámenes que tocasen aquel día; en el corto descanso de la mañana las monjas nos reunían en la escalinata interesándose uno a uno por los exámenes, nos daban el deseado medio bocadillo de mortadela de las once y volvíamos al parque para atormentar otro rato al pobre mono; le tirábamos trozos de pan en el límite de alcance de la cadena para ver cómo se las ingeniaba para cogerlos, a esas horas el pobre animal ya estaba que se subía por las inexistentes paredes de su encierro, necesitado con urgencia de una ración extra de calmantes porque nosotros no éramos los únicos niños que lo mortificaban, los alumnos de todos los colegios allí congregados hacían lo mismo.

Hay quien afirma que realmente era una mona, investigando he leído en El Correo Gallego «Uno de los animales más conocidos del antiguo parque de Las Palmeras era la mona Chita, un simpático simio que hacía constan-

temente monerías a niños y mayores. Su simpatía era tal que llegó a convertirse en uno de los reclamos para los visitantes de la ciudad y en el animal más conocido del mini zoo», bueno, afirmar que era simpática parece una hipérbole interesada porque, al menos durante aquellas estresantes jornadas, la pobre Chita sacaba a relucir lo peor de su carácter.

El primer examen de la tarde iba a ser Dibujo Artístico, las carpetas individuales y los estuches con lápices de colores y gomas viajaban guardadas en el amplio maletero del autobús; cada carpeta contenía las láminas que eran de presentación obligatoria para optar al aprobado, sin entregarlas al profesorado al entrar en el aula ni siquiera te dejaban examinar; habían sido trabajosamente dibujadas durante el curso, siempre con la sor al quite, no pasaban ni una que no estuviera perfecta; recuerdo lo difícil que me resultó dibujar la del oso polar, sudé la gota gorda para conseguir el visto bueno de la monja, más por su desesperación que por mi habilidad artística, aunque más que un oso polar el garabato bien pudiera ser cualquier animal grande con garras y pelo.

Al acabar los exámenes de la mañana subimos al autobús, por fin íbamos a comer, a esas horas estábamos todos caninos esperando meterle el diente al bocadillo de filete empanado y sobre todo al de tortilla de patatas. En la bolsa también había fruta, las cocineras trabajaban a destajo esos días.

Nuestro autobús enfiló la ribera del río Lérez buscando una pradera, siempre la misma, a la sombra dónde tendría lugar el picnic; a lo lejos, en la otra orilla, divisamos el estadio Pasarón, donde jugaba sus partidos el Pontevedra CF que ese año había ascendido a Primera al quedar campeón del grupo I de Segunda; muchos teníamos al Pontevedra como segundo equipo preferido ya que,

procediendo de todas las provincias de España, cada cual llegaba al orfanato con su equipo favorito decidido desde la cuna.

En un momento determinado el soldado conductor, ya fuera por sueño, despiste, exceso de velocidad, fallo mecánico o porque era su destino, perdió el control del vehículo precipitándose por una pequeña pendiente directamente al río, pude ver claramente como la monja que estaba de pie en el pasillo mirando hacia atrás, probablemente contando cabecitas pelonas para asegurarse de que estuviésemos todos, salía despedida y caía de espaldas con los brazos en cruz sobre el parabrisas que se astilló por el impacto, enseguida empezó a entrar agua por las fisuras hasta que se rompió del todo; durante su inesperado vuelo sin motor nos enseñó a todos el abultado refajo que llevaba bajo el hábito; el autobús pasó rozando —afortunadamente sin chocar contra ellos— entre dos grandes árboles de la ribera antes de adentrarse fuera de control en el agua del río entre un revuelo de monjas y niños gritando por la sorpresa y la inercia del frenazo en seco.

El vehículo quedó inclinado con la parte delantera sumergida en el río, las ruedas traseras al aire girando alocadas sobre su eje al perder contacto con el suelo, sobresaliendo ligeramente por encima del nivel del agua; enseguida apareció gente dispuesta a prestarnos ayuda, nos fueron sacando por turno por la puerta de atrás dejándonos sobre la arena de la orilla, calados de arriba abajo, confusos y emocionados a partes iguales; desde dentro nos ayudaban a salir las monjas y el aturdido conductor que, como corresponde a los buenos capitanes, fueron los últimos en abandonar el improvisado barco mientras se iba a pique; junto a la orilla se había formado un gentío de curiosos observando como el navío terminaba de

hundirse en el fango, dejando fuera del agua el castillo de popa como mudo testigo del naufragio.

Me acuerdo perfectamente de un chico de Calatayud que se rompió el brazo, su nombre era Julián Huete Heredero aunque para todos fuera el 89 porque cada uno teníamos nuestro propio número personal y a nadie se le llamaba por su nombre, seguramente él tampoco habrá olvidado el accidente; a la mala suerte de que se rompiera el brazo hay que añadir que esa tarde tocaba examinarse de Dibujo Artístico, una asignatura de las llamadas María a la que yo tenía aprensión, pero al menos no hubo que lamentar más heridos de consideración que el maño 89 y la monja voladora que se llevaría un susto de muerte, aparte de quedar magullada por el golpe recibido contra el parabrisas.

Lamentablemente las carpetas, los estuches de los lápices y los dibujos del curso estaban inutilizados mojados por el agua, las láminas quedaron para el arrastre; cuando más tarde una grúa devolvió el autobús a la alameda y se comprobaron los daños, se determinó que no podrían presentarse en el examen como prueba irrefutable del trabajo escolar; puede decirse que tuvimos buena suerte, porque nos salvamos de una buena, y a la vez mala porque aparte de perder los trabajos pictóricos, las bolsas de viaje con la comida también se echaron a perder en el accidente, estaban en el mismo compartimento que las láminas y corrieron la misma suerte, solidaridad ante la desgracia se llama la figura.

Las monjas pronto solucionaron el problema, contactaron de inmediato con quien fuera, consiguiendo que el Ejército nos diera de comer sin tener que esperar demasiado, porque mantener bajo control a tantos pínfanos hambrientos hubiera sido complicado; ellas mismas se encargaron de convencer al tribunal del Instituto para

que aceptasen bajo su palabra de honor que todos habíamos realizado las láminas obligatorias; sin más incidencias, aunque con retraso sobre la hora prevista, nos examinamos y en otro autobús regresamos al colegio, aliviados tras la experiencia y de nuevo cantando a coro todo el repertorio que la ocasión merecía; volvíamos con una gran aventura que contar a los que se habían quedado en el colegio porque ese día no les tocaba examinarse.

Revisando el Libro de Calificación Escolar, he comprobado que suspendí el Dibujo, «Suspenso, 2», mucho peor de lo esperado, aunque en la convocatoria de septiembre aparece como «Aprobado, 5»; el dibujo artístico nunca ha sido lo mío, pero prefiero pensar que el accidente influyó en el resultado.

TRAGEDIA EN NOCHEBUENA

Seis muertos y dos supervivientes tras caer un autobús al río Lérez en Pontevedra. El crecimiento del caudal por la intensa lluvia dificulta las labores de rescate en Cerdedo - Cotobade. Una de las pasajeras logró avisar a emergencias desde el interior del vehículo.

Esa misma noche fueron rescatados los dos primeros cadáveres y los dos únicos supervivientes: el conductor y una pasajera que logró llamar a emergencias con su móvil. Las labores de recuperación, que tuvieron que suspenderse por las condiciones extremas del río, se han retomado este domingo, día de Navidad. Tras encontrar un tercer cadáver dentro del autocar, la Subdelegación del Gobierno en Pontevedra informó a primera hora de que ya no quedaban más cuerpos en la cabina, inundada de agua hasta el techo, y comenzó a buscar al resto de los pasajeros en el río, especialmente en la zona

de una presa situada aguas abajo, donde había restos del accidente. Finalmente han sido hallados tres cadáveres más; el último, el del pasajero más joven, un estudiante de 21 años que volvía a Nigrán desde Lugo.

Extracto de la noticia aparecida en prensa el domingo 25 de diciembre de 2022 que me hizo recordar nuestro propio accidente, del que por suerte salimos ilesos, y me impulsó a escribir este relato.

INGRESO AL CHOE

Rafael Martín Caro



ANECDOTARIO COLEGIAL

28 DÍAS DE OCTUBRE

Con 14 años me dirigí a Madrid el 4 de octubre de 1964 para ingresar en el CHOE (Colegio de Huérfanos de Oficiales del Ejército) Residencia Santiago, Puerta Bonita, sito en Carabanchel Bajo en la calle de General Ricardos 163, para realizar los estudios de Grado Superior de Bachillerato.

Día 1. Domingo 4.

Por la noche, a las 22:30, salgo de Valencia desde la estación del Norte en el correo-exprés, con mi madre, viuda del Comandante Veterinario Bernardino (mi extrañado por lo poco recordado padre).

Buen viaje. No dormí. Conocí a varios amigos compañeros que también iban al colegio. Estos son Carbonell y Bautista de 5º y 6º.

Día 2. Lunes 5.

Llegamos a Madrid a la estación de Atocha a las 8 de la mañana. Nos está esperando mi tío Mariano. Vamos a su casa en el barrio de Lavapiés.

Por la tarde voy al cine Albéniz para ver en Cinerama la película “La Conquista del Oeste”. Buena. Me gustó. Me compraron unas perchas para la ropa.

Día 3. Martes 6.

Por la mañana fui con mamá al Patronato. Hablamos con el General Villalba. Después al Colegio-Residencia y vemos al director. Comimos en casa de los tíos. Por la

tarde ingresé en el colegio. Me dieron el “trapillo” y subí al dormitorio asignado. Luego al estudio a las 8 de la tarde, conociendo a varios compañeros.

Día 4. Miércoles 7.

Me dieron los libros. Fui por primera vez a clases. Estoy decaído. No he logrado coger todavía el ambiente del colegio.

Día 5. Jueves 8.

Ya tengo varios amigos. Me cambiaron de dormitorio. Añoranza de la familia. No sé qué hacer. Luego he estado con los amigos. Confesé y comulgué.

Día 6. Viernes 9.

He escrito mi primera carta desde este colegio a mi mejor amigo que tenía, en el colegio de los Hermanos Maristas en Valencia, en donde terminé el 4º curso del Bachillerato Elemental. Me viene a ver mi hermano mayor, que viene en avión desde Valencia para unos asuntos personales de trabajo.

En la cena no hubo luz. Nos repartieron velas. Se montó algo de jaleo.

Día 7. Sábado 10.

Hoy hace justamente 7 años que murió papá en el Hospital Militar. En el año de la riada de Valencia. No por ella, pero se juntó todo. Tenía justamente siete años. Se pasó el tiempo y no me acordé. Estoy decaído.

A mediodía nos duchamos y cambiamos de ropa. Llamé a casa de los vecinos de mis tíos por teléfono, pero no

contestan. Un poco preocupado. Don David no quiere dejarme salir para hacer puente. Dice que no tengo permiso. Hoy es un día muy triste para mí. Cada vez que recuerdo lo poco que sé de papá, me dan ganas de llorar.

Día 8. Domingo 11.

Llamé de nuevo otra vez a la casa de los vecinos de mis tíos. Por fin contestan. Hablo con mi tía. A las 11 viene al colegio y hablamos un momento con Don Lorenzo, y me deja salir. Con ella nos vamos a su casa.

Por la tarde fui al Jardín Botánico. Después al cine San Carlos. Vi dos películas: “Belinda” y “Safari en Malasia”. La 1ª antigua, Moral, trágica y triste. La 2ª tiene sus actos humanos, Aventuras. Regresé a casa de la tía. Cené y me acosté temprano. Estoy cansado. Llovió por la tarde.

Día 9. Lunes 12.

Día de la Virgen del Pilar. Me desperté cuando vino el tío del trabajo sobre las 7:30. Me levanté y estuve viendo su enciclopedia. He estado decaído. No fui a misa. Por la mañana fui al Parque del Retiro. Vi el estanque, parque, zoo, etc.

Me compré el mapa y la guía de Madrid por 50 ptas.

Por la tarde fui a la Plaza de la Puerta del Sol, Plaza Mayor, Campo del Moro y me acerqué a la Casa de Campo, viendo el Lago y un poco del parque. Poco después por la calle Mayor, el Instituto de San Isidro.

Llegué de nuevo a la casa de los tíos sobre las 7 de la tarde. Estoy cansado. Me lavé los pies y merendé. El tío me dio de beber té. A las 8 me fui hacia el colegio. Me compré tabaco. Me dormí enseguida.

Día 10. Martes 13.

Mal día. Para mí, no. Pues no he sido supersticioso nunca. Me enfadé en el juego con varios compañeros. Estoy decaído. Me corté el pelo (por primera vez en el colegio).

Día 11. Miércoles 14.

Me cambian el número de ropa. Tenía el 59 y me asignan el 30. Fui a la lavandería y se perdió ropa mía.

Día 12. Jueves 15.

Me dieron el uniforme de calle. Me queda bastante bien. Está nuevo. Fui a los dormitorios. Hice el gamberro. Don Lorenzo nos revisó los uniformes para ver que tal nos quedaban.

Día 13. Viernes 16.

No ocurre nada anormal. Estoy tranquilo. Me confesé y comulgué.

Día 14. Sábado 17.

El “virule” me fastidió con el ejercicio de Ciencias. Me duché a mediodía y me cambié de ropa. Por la tarde, en el Salón de Actos, Don David dio la apertura de curso. Avisos y Objeciones. Comulgué.

Día 15. Domingo 18.

Oí misa y tomé la comunión. Salí y fui a casa de la tía. Después me acerqué al Museo de Artillería. Por la tarde al cine San Miguel para ver la proyección de la película

“Un chiflado en apuros” de Jerry Lewis y Dean Martin.
De risa.

Recibí carta de mi hermana Conchita y de mi amigo de Valencia, Felip. Me compré tabaco. Un árbol del patio del colegio ardió.

Día 16. Lunes 19.

Hoy escribí a mamá y a mi hermano Miguel Ángel. Voy a misa todos los días excepto los miércoles y viernes, que tengo que ir al estudio. Estoy bastantes veces distraído. No sé qué hago. Hay malos pensamientos. Decaído. Añoranza de los años pasados.

Día 17. Martes 20.

Estoy más alegre. Escribo a los abuelos y al amigo González. No ocurre nada anormal. Empiezan a vaciar la piscina.

Día 18. Miércoles 21.

La piscina quedó vacía. Está sucia. Luna llena. Las aves emigran. Llegan dos inspectores nuevos. He hecho amistad otra vez con los compañeros. Se rompió el bolígrafo “Inoxcrom”.

Día 19. Jueves 22.

Fui a secretaría para pedir un vale para unas sandalias. Me las dieron. Son viejas de años anteriores. Lluve un poco sobre las 3 de la tarde. El día está indeciso. Punto en el dormitorio (son anotaciones de los inspectores por mal comportamiento). Repartieron cuadernos (Institución del Divino Maestro).

Día 20. Viernes 23.

Hoy examen de Química. Me salió bien. Hace mal tiempo. Un poco de frío. Realizo apuntes de Matemáticas y de Química.

Conocí a Sanjurjo por la tarde. He hecho amistad con él. Es un buen compañero, natural de Santoña en San Sebastián. Compartimos los cigarros. Buen amigo.

Día 21. Sábado 24.

Es mi santo, San Rafael (posteriormente se trasladó al 29 de septiembre, junto al resto de los arcángeles Miguel y Gabriel). Estoy alegre. He escrito a Llorens Fabregat. Llamó la tía por teléfono sobre las 12. Sólo me dejaron salir a comer y volver a las 6 de la tarde. Recibí carta de mamá y de González. Mamá me da consejos. Un poco romántico. González me dice que se está preparando para contable.

Me duché enseguida. Hizo frío. Me compré bolígrafos. Nombraron las notas (por la noche tras la cena y públicamente). Yo no tengo ningún suspenso. Punto en el dormitorio. Estoy triste y decaído.

Día 22. Domingo 25.

Misa. Confesé y comulgué. Salí y me fui con Sanjurjo en el suburbano. En la Plaza de España nos separamos. Él se fue hacia Argüelles y yo a Lavapiés. Comí a las 12:30. Me fui con mi tío a la estación de Atocha. Me enseñó el tren Talgo. Muy bonito. Luego me fui yo por ahí. Intenté entrar en varios cines No Aptos, pero no me dejaron. Vi parte del partido del Real Madrid – Zaragoza por la “tele” en el salón de actos del colegio.

Día 23. Lunes 26.

Hoy escribí a mamá. Estoy un poco decaído.

Día 24. Martes 27.

Recibí carta de los abuelos. Me mandan 5 duros en carta certificada. La misma cantidad recibí de mamá. Escribí a Matarredonda y a Víctor.

Vino a dar Matemáticas “el Ross”, “el Felipe” va a estar ausente durante un tiempo.

Día 25. Miércoles 28.

El día está bastante mal. Cielo nublado. He escrito a mamá y a mi amigo Felip. Estoy alegre. Misa y comunión.

Día 26. Jueves 29.

Recibí carta de mi hermano mayor José Antonio. Es la primera que recibo de él. Me extrañó bastante. Me ha puesto bastantes objeciones. Por el día (en la hora de comer) quitaron los botijos que antes había en las mesas del comedor y pusieron vasos y jarras.

Me ha salido una herida en la boca. Debo de haber hecho mal la digestión de anoche. Se fue un Inspector.

Día 27. Viernes 30.

No está mal el día. Hace un poco de sol y calor. Voy a escribir a González. Comulgué.

Día 28. Sábado 31.

Confesé y comulgué. No hay notas, debido a que mañana es el día de Todos los Santos y además viene el General Villalba.

Por la tarde me dieron el abrigo. Por la noche me enfadé con Iglesias en la cena. Creo que él no tiene razón. El abrigo me queda bastante mal. Pero en fin, qué le vamos a hacer. Don David ha dicho que no quiere ropa en los armarios que no sea del colegio. Me dieron un papel con mi nombre y número de ropa para colocarlo en el armario (taquilla personal). Estoy triste. Esta semana he estado bastante decaído. No sé qué hacer. He tenido bastantes disgustos este mes con mis compañeros. He reñido con varios.

Me dieron el pijama y el chaleco. No he rezado bien el rosario bastantes veces.

Así acabó el mes de octubre tras el ingreso en el Colegio-Residencia Santiago.

El horario (de verano)

7:30 Levantarse

8:00 Estudio – Misa

8:45 Desayuno

9:00 Recreo

9:30 1ª clase

10:30 2ª clase 11:30 Recreo

12:00 3ª clase

13:00 Baño

13:45 Recreo

14:00 Comida

14:45 Recreo

16:30 Estudio

17:30 Baño

18:15 Merienda

18:30 4ª clase (1ª de la tarde) 19:30 5ª clase (2ª de la tarde)

20:30 Recreo

21:00 Rosario

21:15 Cena

22:00 Acostarse

MANOLO EL BARQUERO

Santiago de Ossorno



(Leído en alguna parte, ahora no recuerdo dónde)

«Una mención aparte merece Manolo, dueño y señor del Castillo, guarda durante todo el año, maestro de ceremonias y cuentos, y siempre dispuesto para ayudar “os seus rapaces”. Esto le suponía, de vez en cuando, alguna filípica por parte de su mujer, Josefa, pues le decía que atendía “mais os rapaces que a ela”.

Cuando se llegaba tarde por la noche, más de una vez nos jugábamos a los chinos quién tenía que ir nadando, desnudo, desde la rampa del muelle de Santa Cruz a la del Castillo, traer la barca y pasar a los demás. Manolo se lo tomaba con filosofía y lo único que nos decía era que tuviéramos cuidado, porque si se “afogaba” un rapaz, él morría de pena».

El protagonista de este relato era lo más parecido a un viejo lobo de mar que uno pudiera imaginar, podría ser el mismísimo Corsario Negro en persona, y es que debido a la incesante lectura de tantos libros de aventuras puede ser que llegase a confundirlo con él.

Aunque solo fuera el guardés del castillo de Santa Cruz, para nosotros era un almirante de la Armada; empleado por el Patronato, residía durante todo el año en aquel islote coruñés junto a su mujer, Maruxa, y Jaime, hijo único de la pareja que era una buena pieza aplicando el sentido peyorativo del término, en una casa acondicionada para ellos; mantenían la isla y todo lo que ella contuviera en buenas condiciones para que cuando llegásemos en tropel los pínfanos sedientos de vacaciones, chicas en julio y chicos en agosto, pudiésemos disfrutar del paradisíaco entorno.

Durante las colonias, una de sus funciones consistía en ir al pueblo a recoger el pan nuestro de cada día que el Ejército suministraba cada mañana al colegio en grandes sacos de arpillera que pesaban un quintal (puede que exagere un poco pero la memoria no retiene ciertos detalles numéricos); estos sacos contenían la ración diaria de pan —la misma que contemplaba el reglamento militar para la tropa de reemplazo— para atender las necesidades vitales de un mínimo de cien personas entre alumnos, profesores, el páter, personal auxiliar y posibles visitas; unos bollos estupendos que llamábamos chuscos (pan de flama con sus curruscos acabados en punta) por ser la palabra utilizada en el mundillo militar que nosotros manteníamos; se acopiaban en cantidades industriales para repartirlos a lo largo del día en cinco comidas: desayuno, bocadillo de media mañana, comida, merienda y cena.

Había que ir a recogerlos muy temprano al pueblo y luego transportarlos como se pudiera hasta las cocinas del Castillo, lo cual dependía del horario de las mareas; en marea baja el camión podía acercarse por tierra hasta la escalerilla de acceso al muelle, pero con marea alta tocaba remar.

Entendiendo las dificultades del aprovisionamiento, la Dirección autorizó que se formase un equipo de tres o cuatro alumnos cuya misión era acompañar y ayudar a Manolo en esa tarea concreta; uno de mis mejores amigos era miembro de la partida, por lo que gracias a él pude unirme un par de años al esforzado grupo de porteadores.

A las seis en punto de la mañana, incluso antes en ocasiones, Manolo entraba sigilosamente en el dormitorio comunitario y nos despertaba en silencio a los elegidos para la gloria. No admitía quejas, excusas ni retrasos, te

zarandeaba por los hombros y si no te levantabas al instante, allí te quedabas porque él no podía arriesgarse a llegar tarde a la cita con los de Intendencia así cayeran chuzos de punta, que a veces caían como es normal en Galicia incluso en agosto.

Para los aprovisionamientos de periodicidad no diaria, los camiones aprovechaban la bajamar para acercarse hasta las escaleras de entrada al Castillo y ayudábamos a su descarga llevándolo todo hasta las cocinas; sacos de patatas, cajas de legumbres y verduras, carne, pescado, latas de conserva, fruta, leche, galletas, mantequilla, café, etc., imaginemos lo que se necesita para alimentar a un batallón de hambrientos seres en plena efervescencia juvenil.

Más de una vez los camiones se vieron en problemas para regresar al pueblo antes de convertirse en submarinos si no calculaban bien los horarios, porque las mareas eran como Manolo, no admitían retrasos y cada seis horas alternas nos dejaban aislados en mitad de la bahía. Las mareas atlánticas que resiste el Castillo son tremendas, en un periquete se pasaba de poder cruzar andando a tener varios metros de profundidad marina bajo los pies.

Nada más sacudirnos por el hombro nos levantábamos, vestíamos y bajábamos a toda prisa al muelle donde ya nos esperaba Manolo, sentado al timón de la barca con un pitillo a medio fumar alojado en la comisura de la boca; remábamos en silencio hasta el muelle del pueblo y, tras asegurar con el cabo la barca colegial al noray, tarea supervisada por Manolo porque no terminaba de fiarse de nuestros nudos marineros, acudíamos al encuentro del camión militar en el aparcamiento del restaurante Maxi, junto a la carretera que venía de Sada que

era por dónde con puntualidad y precisión castrense llegaba cada mañana el suministro panadero.

Abríamos el portón trasero y en equipo sacábamos aquellos grandes sacos de arpillera atados con cuerdas, con los símbolos del Ejército impresos en el exterior; venían repletos de pan recién hecho y todavía calentito, el delicioso aroma a tahona que desprendían nos recordaba que todavía no habíamos desayunado y las tripas sonaban cual orquesta desafinada; ayudándonos con la carretilla o sobre los hombros, llevábamos los pesados sacos hasta el muelle, embarcábamos y emprendíamos la singladura de regreso navegando hasta el Castillo.

Para mí aquellas mañanas eran una aventura que vivía con intensidad porque me gustaba sentirme responsable, colaborando y ayudando a Manolo en lo que pudiera porque él se desvivía por sus rapaces; podíamos contar con él para cualquier cosa que le pidiéramos siempre que no atentase contra las normas establecidas, más relajadas que durante el invierno en los internados de procedencia pero normas al fin y al cabo, y no solo a los de la cuadrilla panadera sino con cualquier pínfano que lo necesitase.

Una vez en la cocina hacía la vista gorda mientras nos untábamos leche condensada en abundancia —aquellas enormes latas eran uno de los tesoros mejor custodiados del Castillo por las cocineras— en un chusco de pan que sacábamos de alguno de los sacos; a veces calentaba un poco de leche y achicoria para que entrásemos en calor y recuperar las fuerzas gastadas, sabiendo que en cuanto llegase la hora desayunaríamos otra vez; no nos dejaba tocar nada más de la cocina, de haberlo permitido podríamos arramplar con cualquier cosa comestible que hubiera a mano, pero le hacíamos caso porque él era el único responsable ante el Director si ocurría algo y no era cuestión de ponerlo en aprietos.

Hablando de levantarse, lo viví los veranos que no fui de la partida, a las siete y media en punto Manolo entraba de nuevo en el dormitorio principal, pero no en silencio como de madrugada sino convertido en un ciclón atlántico, alborotando todo a su paso; portaba un palo largo de madera con el que al pasar iba aporreando los barrotes metálicos de las literas, armando un jaleo que ni la campana del Castillo anunciando actividades, mientras profería a pleno pulmón su grito de guerra preferido:

¡Arriba, hijos del cuerpo!

Aquella frase era mítica, todos esperábamos expectantes y divertidos, entre dormidos y despiertos, la entrada tumultuosa y matinal de Manolo el barquero, dando voces y sin parar de golpear las literas con el palo, algunos valientes se atrevían a tirarle almohadas o zapatos a su paso y se montaba un zafarrancho de combate con el que el bueno de Manolo disfrutaba como un niño, vociferando en gallego con su fuerte acento, tan cerrado como ininteligible, seguramente profiriendo maldiciones bíblicas y malsonantes dichos marineros aprendidos en su pasado a bordo de algún barco ballenero.

Pensándolo con calma, puede que cuando decía ¡Arriba, hijos del cuerpo! se estuviera refiriendo a que todos éramos hijos de mandos de las distintas Armas y Cuerpos del Ejército (diría Cuerpo), más que a la procedencia corpórea de nuestra existencia (diría cuerpo); pero estoy convencido de que utilizaba esta sutil metáfora dándole un doble sentido para evitar posibles recriminaciones si desde la Dirección se le pidieran cuentas, que no creo que lo hicieran porque lo conocían bien y sabían que jamás faltaría el respeto a nadie de la colonia y mucho menos a sus queridos huérfanos.

Él solito conseguía que todos nos levantásemos sin remolonear porque si te pillaba acostado se acercaba y te quitaba la manta cuartelera de un tirón, no había forma humana de resistir acostados su método, ni convenía arriesgarse a recibir un palo perdido por un pequeño error de puntería en el golpe; a las ocho en punto entraban los inspectores a revisar el dormitorio para comprobar que las camas estuvieran bien hechas, la ropa recogida en las maletas, todos los alumnos lavados, peinados y vestidos con la uniformidad debida, tras lo cual daban la orden de bajar en silencio y fila de a uno a escuchar Misa en la capilla y después al comedor para desayunar, sin duda uno de los mejores momentos del día.

Aparte de defender el castillo, el resto del tiempo Manolo y su hijo se encargaban de algunas cosas más, siempre estaban trajinando, arreglando esto o aquello, lo que fuera menester, cuidando del jardín, llevando y trayendo gente entre los muelles con la barca, sin descanso, una y otra vez; trabajos que cumplía a la perfección como los buenos, nunca lo escuché protestar por su trabajo, ni enfadado seriamente con nadie y seguro que tendría motivos de sobra porque las trastadas que no se le ocurriesen a unos se le ocurrirían a otros.

Para nosotros Manolo tenía la misma autoridad, dignidad y tratamiento que podían tener los profesores e inspectores encargados de que nuestra estancia fuera provechosa y sin incidentes, pero lo veíamos más cercano porque gracias a su posición podía permitirse ciertas familiaridades y darnos un trato sencillo y directo que los otros no podían; con su lenguaje llano, mezclando gallego y castellano, y con aquella voz grave tan particular, imponía respeto con su mera presencia, sin necesidad de levantarla.

La foto que acompaña este relato es la única suya que he conseguido gracias a un pínfano que me la ha enviado; es el del centro, el de la frente amplia, con el pelo cortado, escaso y canoso, asistiendo algo perplejo al saludo protocolario entre los otros dos fotografiados que podría coincidir con el preciso momento en que el Ejército procedió a entregar las llaves del castillo a la Xunta de Galicia, pero se le ve perfectamente y su imagen se corresponde con la que tengo grabada en la memoria.

Me pregunto si tras la cesión a la Xunta se le permitió seguir cuidando y viviendo en el castillo durante un tiempo, hasta que el Concello tomara plena posesión del islote y decidiera qué hacer con Manolo y su familia, pero tarde o temprano lo abandonaría y seguro que a pesar de su recio carácter marinero alguna lágrima furtiva se le escaparía a la hora de partir.

Desconozco si seguirá gobernando con brazo firme el timón imaginario de su barca o si ya habrá llegado a la otra orilla, llevada su alma por Caronte ante las puertas del Hades; de seguir con vida pasaría ampliamente de los cien años, pero esté donde esté le dedico agradecido estas pocas líneas desde el fondo de mi corazón.

Para los pínfanos que lo conocimos permanecerá vivo por siempre en nuestro imaginario juvenil, figura imprescindible en el recuerdo de los mejores veranos de nuestra infancia y juventud.

PREPARANDO EL INGRESO

Vicente Torres Cunill



Volviendo al Colegio, era normal salir a Madrid, cuando estábamos aprobados, varios compañeros juntos. En la lectura de mi diario de cualquier domingo, cito mi salida junto a varios pínfanos, cuyos apellidos menciono, para ir al cine. Después casi siempre nos acercábamos por dos bares, como por ejemplo “El Quinto Toro”, que ahora no recuerdo dónde se encontraba; y también “El Patio”, en la calle Arlaban. Eran como nuestros puntos de reunión.

Allí, fuera de las cuatro paredes del Colegio, cada uno, cuando podía, iba contando su vida, sin estar vestidos con el “trapillo” de todos los días y sin miedo a que detrás nuestro se encontrara algún inspector. El caso era echar una charla o palique, de anécdotas ocurridas en el cole a cada uno de nosotros, durante la semana. Y, normalmente, buscando provocar la risa de los demás.

Extracto de mi diario:

«Día 19 de febrero 1957. Fui a ver al médico porque tenía hinchada una parte de la oreja izquierda. Me miró y me envió rápidamente a la enfermería. Porque me dijo que tenía paperas. Por la noche ingresó también Sánchez Pérez, pero no era por paperas, sino por otra cosa. Me ponen una inyección de vitamina C que me duele muchísimo. Al día siguiente me dejan una radio galena y me pongo a oír música por la única emisora que se oía, de Radio España. El viernes, día 22, abandona la enfermería Sánchez Pérez y me quedo solo, pero con la radio galena. Me cambié a su cama porque se veía un poco la calle, si me sentaba en ella. Día 25: Dice la radio que han cambiado varios ministros. Día 26: Vino el médico a verme a las 11,30 y me dio el alta, tras un nuevo pinchazo que me hacía ver las estrellas».

Como resumen, me tiré una semanita en la enfermería y, si no hubiera sido por los pinchazos, diría yo que ha-

bría sido una semana maravillosa. Descansando y oyendo la radio. Aunque fuera una radio galena y con auriculares. Pero no había otra cosa por entonces.

Sin querer lo comparo con los medios audiovisuales que tengo yo ahora mismo en mi poder y me llevo las manos a la cabeza. Pero aquello tenía su encanto. Era otra cosa. Y el pensar en ello, me produce unas sensaciones maravillosas, y me dan motivo para pensar que ahora vivo mucho mejor. Aunque, sin embargo, tenga otros problemas distintos, como todo el mundo. Ya que tengo tras de mí, toda una prolongación de cuatro hijos y ocho nietos que, aunque me dan una enorme alegría, también, por un motivo u otro, vienen sin querer, traen contrariedades y preocupaciones lógicas.

En las secciones 3ª y 4ª, de los primeros años en el Colegio, tuvimos diferentes profesores, que, lógicamente, se dedicaban a enseñarnos sus materias correspondientes. Aunque de esas secciones difícilmente “debería” ingresar ese año, alguno en la Academia. No es que fuera imposible ni mucho menos.

Recuerdo al bonachón de Don Rosendo, al que le llenábamos de trozos de tiza los bolsillos de la chaqueta, día tras día, y al que aplastábamos el huevo frito que llevaba en su cartera de mano, dándole puñetazos. Esto era a diario. A mí me daba vergüenza de todo ello, y todavía me la da. Don Recuero, Sol, etc., eran otros nombres de otros profesores.

En las otras secciones, 1ª y 2ª, eran otros los que impartían las distintas materias. Como Don Ángel Lobo, padre de una generación de hijos militares, muy serio en clase y en todo lo que hacía. Qué pocas veces la sonrisa aparecía en su cara. Pero un gran profesor.

Hacia el mes de abril, dejaron de funcionar las clases y por lo tanto, ya no vinieron los profesores. El objetivo era, que dedicásemos todo el tiempo a estudiar las “papeletas” de los exámenes de Zaragoza. Todos los días en clase sacábamos a boleo una de ellas y nos dedicábamos a explicarla como si estuviéramos encima de la tarima y enfrente del tribunal militar. Claro que no era lo mismo.

Según se iba acercando el día de tu marcha a Zaragoza, los nervios se adueñaban de tu estómago de una forma que se notaba palpablemente. Mucho más tranquilos estaban los pínfanos que se examinaban por primera o segunda vez, que el que se examinaba en su última ocasión. Ese día, se la jugaban o nos lo jugábamos, al todo o al nada.

Siempre era una lucha contra otros diez aspirantes. La primera vez que te presentabas, la participación en los exámenes era muy tranquila. Pero tenías que pasar bien la gimnasia, el examen médico, y las asignaturas del primer grupo, que con anterioridad cité, sabiendo que te suspenderían en matemáticas o en geometría, que era donde estaba el coco.

Mención aparte merece el dedicar un párrafo a la clase de gimnasia. Parece mentira el miedo que daba a muchos aspirantes, el salto del caballo o del potro. Cuántos aspirantes no ingresaron en la Academia por ese motivo, teniendo todo el año para intentarlo una y otra vez. Porque el que no saltaba el caballo en su academia preparatoria, tampoco lo saltaba cuando llegaba el momento definitivo, en el campo de deportes de Zaragoza. Yo mismo he oído decir:

—No. Yo allí me lanzo con todas mis fuerzas y, aunque me mate, yo lo salto. Qué va. Nada más lejos de la realidad. Al lanzarse con todas sus fuerzas, tampoco lo sal-

taba. Un año entero perdido. Tengo presente en mi retina el día que yo también me examinaba de gimnasia. Los tres anteriores a mí en el salto del caballo, por fallar al tercer intento, les echaron del citado examen. Después, este pínfano, a la vista de lo ocurrido con los anteriores, realizó el mejor salto de ese año.

También perdió el año uno de mis compañeros, Segura, según anoto en mi diario. Un día de mayo, al ir a saltar el mencionado caballo, se rompió la muñeca y se lo llevaron al hospital, y de allí a su casa, a intentarlo el siguiente año. Por este motivo, y con mucha razón, estaba prohibido desde el mes de abril jugar a cualquier deporte, para evitar que nadie se perdiera ir a examinarse.

Extracto de mi diario:

«Día 15 de Mayo. Después de la misa y del desayuno, le regalamos al Sr. Franco (uno de los inspectores, pero buena persona) una maleta, pagada por todos nosotros, ya que nos enteramos de que no tenía ninguna y se emocionó mucho. Por la tarde salí con Casal y con Obregón Roviralta (muy amigo mío, también coronel de Intendencia). Canté con Obregón (pero no digo donde). Raúl García se lesionó el hombro jugando al fútbol. Reiterando que estaba prohibido hacerlo, nos quitaron los balones. Se marchan a examinarse a Zaragoza, Cabezas de Aguilera (acaba de fallecer), Duarte Moreno y Sánchez Muñoz, “el rana”».

Normalmente, todos los días salían hacia Zaragoza, unos cuantos, los de la tanda de examen, con una bolsa que contenía un bocadillo de tortilla de patata y otro con pollo. Algunas veces, los acompañábamos hasta la estación de Atocha y les cantábamos, mientras ellos nos decían adiós desde las ventanas. Qué jaleo armábamos. Lo cuento en plan resumido, ya que nos estaríamos con ellos

en el andén, más de una hora. Al terminar cogíamos la camioneta, para el Colegio. Así día tras día. Qué tiempos aquellos, qué tiempos felices, que no volverán. Es la letra de una canción.

He pasado de puntillas, sobre el tema religioso en Carabanchel Alto. Pero no ha sido queriendo y, como he dicho en alguna ocasión, hay tiempo para todo.

La instrucción y la orientación religiosa en este Colegio, donde no había monjas, por cierto, estaba encomendada a los Salesianos, los cuales tenían, muy cerca del Colegio, un seminario con un número de alumnos considerable. Solían venir semanalmente para inculcarnos la doctrina católica, así como para impartir los domingos la Eucaristía, además de escuchar las confesiones, de todos aquellos que lo necesitasen.

Eran gente buena y se les recibía de buena gana. En los dos últimos años, el salesiano José Antonio Rico, relativamente alto y verdaderamente delgado, era el director del tema religioso.

A él se debe el himno del Colegio “Viejo Trapillo”, que todavía, en algunos actos, cantamos todos juntos. Así mismo, la realización de una colecta para la adquisición de un Cristo crucificado, del que carecía la capilla. Como todos teníamos un número, a Él se le otorgó el número siguiente, el 716.

Se dio la circunstancia que el edificio, con el paso de los tiempos, dejó de ser un Colegio preparatorio del ingreso en la Academia General Militar para los pínfanos, vaciándose de muebles, literas, pupitres etc. El Cristo desapareció, sin que nadie supiera dónde había ido a parar. Hasta que se encontró, gracias, sobre todo, a la labor de Jesús Ansedes, secretario de la Asociación de Huérfanos, y un poco a la mía. He comentado anteriormente que lo

vamos a colocar en el Colegio anterior de Carabanchel Bajo, en la capilla y casi pegado al Cristo de ese Colegio.

El padre José Antonio murió en Madrid, en el año 2010. Descanse en paz, porque era una buena persona.

Antes de que se me olvide, jugamos dos partidos contra los Salesianos estando yo en el Colegio. Como ellos jugaban con sotana, se las ingeniaban para meter el balón dentro de la misma y vaya usted a quitárselo. Era francamente difícil. Y otra cosa, un poquito marranitos sí que eran y, que Dios me perdone, porque se notaba que Él iba con ellos, descaradamente. Lo digo porque tuvieron una suerte increíble. Solo la presencia en el campo de ciertas acciones “milagrosas”, que vaya usted a saber de dónde salieron, y yo no digo nada porque después todo se sabe, impidieron un claro y rotundo triunfo de los pínfanos.

Entre mis viejos papeles y antiguas fotos da la casualidad de que he encontrado una foto de ese partido. Qué alegría me ha dado. Al dorso escribí lo siguiente:

«Día de San José (19 de marzo). En los salesianos ganamos por 3-2. Jugué de interior izquierdo, formando un ala muy peligrosa con Fajardo. No marqué ningún gol. Cada día juego mejor, y eso que no me cuido».

Es una foto que envié a mi madre y, por arte de magia y de mi hermana, la he recuperado con gran alegría. Para mis compañeros, diré que de izquierda a derecha y de arriba abajo, están Vieira, Rodas, apoyado en otro, Pedro Moraza Olite, muy amigo mío, de Navarra y con el cual coincidí en el Sahara, y por aquél entonces, un poco noviete de la amiguísima de mi mujer, Carmen Ramos, El Chulez, Urios, el Peque de portero, Duarte mi compañero de Barcelona, Palomo, otro que no recuerdo, yo y Fajardo el cordobés.

Es de justicia resaltar el juego de Fajardo. Qué movimiento natural con el balón en los pies. Qué velocidad corriendo la banda izquierda. No había defensa que pudiera pararle. Me recuerda muchísimo a nuestro Messi actual, pero muchísimo. Vamos, que no. Que el cabrito no se movía ni “pa tras”. Ni empujándole, vaya. Pero era tan simpático. Y además era rubio, que quieras o no, en las fotos de color, daba su cosa y quedaba bien.

Extracto de mi diario:

«Día 21 de Mayo, nos han dejado salir a la calle, a las 11 horas, para que vayamos a aplaudir y a hacer bulto a la Gran Vía, porque han llegado a Madrid, invitados por Franco, el Sha de Persia y su bella esposa, la Emperatriz Soraya».

Fuimos cinco del cole, juntos, a ver a Soraya, que era lo único que nos interesaba y que, según las fotos de ella, era de una belleza increíble. Y de verdad, era guapísima, por lo poco que pudimos ver.

Por la noche se escaparon del Colegio unos 40 y llegaron a las 8 de la mañana. Lo tenían todo perfectamente estudiado y sin dejar ningún cabo suelto. Así sí que se puede escapar uno. Unos minutos antes de las 8 de la mañana, tal y como teníamos planeado, yo tenía los “trapillos” de todos ellos, que se dice pronto, preparados para tirárselos por la ventana, y así entrar en el Colegio, ya vestidos reglamentariamente. Cosa que así hice.

Extracto de mi diario:

«Les han cogido a todos. Qué fracaso. A mí no me ha pasado nada, porque nadie dijo quién les había tirado desde la ventana los “trapillos”. No sé qué les pasará mañana. Se van de la tanda a examinarse, Fajardo, Munuera y Antolín. Suerte».

Les iban a cortar el pelo al cero a los 40 escapados, pero como en unos días debían ir a Zaragoza a examinarse, el coronel les dejó el pelo y les quitó la salida a la calle, hasta el mismo día de coger el tren en la estación de Atocha. Presentarse al examen en la Academia con el pelo al cero, en aquellos tiempos, podría ser perjudicial ante un tribunal militar, ya que siempre existiría la duda de “¿por qué le han cortado el pelo al cero?”.

No sé si lo he dicho con anterioridad, pero si no, lo digo ahora. Yo aprobaba los cursos todos los años en los exámenes de junio, sin mucho esfuerzo. Pero mi entrega al estudio era cosa secundaria, siendo prioritario el pasármelo bien, con los muchísimos compañeros que tenía a mi alrededor. Motivo por lo cual, en Carabanchel Alto, seguí con la misma política, ya que tenía cuatro intentos para aprobar los exámenes en la AGM de Zaragoza. Y, como buen optimista, ya aprobaría en alguna de ellas.

Como, de entrada, me colocan en una sección de clases, donde ninguno “debía” de ingresar, me dio base para pasarme un par de añitos sabáticos y Dios diría después lo que tuviera que decir.

EL NUMERILLO

Santiago de Ossorno de la Puerta



O me la tenía jurada o poco le faltaba, si no recuerdo mal don Modesto Ávila Jiménez era cordobés por lo que hablaba con un fuerte acento andaluz, si me concentro lo suficiente en el pasado todavía puedo escuchar con temor reverencial su aguda voz diciendo «Ozonno, a la pizarra», un soniquete que el primer año me aterrorizó y con el que tuve que aprender a convivir para superarlo.

La primera clase de Matemáticas en quinto de Bachillerato marcó mi destino para el resto del curso, entró don Modesto en el aula, imponente vestido con traje y corbata, y nos pusimos todos al unísono en pie como era de obligado cumplimiento en todas las clases, además don Modesto era militar de carrera y, si cabe, la obligación y el respeto era mayor todavía.

Mientras llegaba a su estrado ordenó «¡Zientenze!» y al instante todos obedecimos en silencio, los veteranos de sexto ya nos habían advertido que tuviésemos cuidado con él porque era un hueso duro de roer, así que esperamos a ver qué pasaba y si lo que nos habían contado era cierto o una broma de mal gusto, otra más, para asustar a los novatos.

Tras presentarse y aclarar que era el profesor de Matemáticas, cogió la lista de clase y fue nombrándonos uno por uno para ir reconociendo a sus nuevos alumnos, al escuchar nuestro nombre nos levantábamos y poníamos firmes para responder el clásico «Presente» y volvernos a sentar en cuanto empezase a nombrar al siguiente.

Al escuchar «Ozonno», me puse firmes esperando que nombrase al siguiente de la lista que era el granadino Manuel Peinado Lorca —lo sé porque hace unos años conseguí localizar en el colegio la lista completa del curso 1968-69, no porque lo haya recordado—, pero en vez de eso, don Modesto me dijo «Zu hermano mayor de usté

era malo, el siguiente hermano de usted era peor todavía, y algo me dice que usted los va a zuperar a todos», puse cara rara porque, que yo supiera, era el primer hermano que pasaba por sus manos, pero no dije nada, seguro que se había hecho la pirula y me estaba confundiendo con alguna otra saga familiar.

Cuando llegó la segunda clase, entró don Modesto y todos nos pusimos en pie para sentarnos en cuanto ordenó «¡Zientenze!»; a continuación, se dirigió a la clase pidiendo un voluntario para salir a la pizarra, salir a la pizarra era lo peor que podía pasarte en Matemáticas por lo que toda la clase miró hacia abajo o a los lados intentando no cruzar sus miradas con la del profesor, todos menos uno que se quedó con la vista al frente, desafiante en dirección a don Modesto. Siempre he sido de dar la cara, aunque me la partan.

Rápidamente se dio cuenta de la situación y sin inmutarse dijo «Ozonno, a la pizarra», con las piernas temblando pero tranquilo porque apenas era la segunda clase del curso, me acerqué a la pizarra y don Modesto me pidió que explicase alguna cosa que tendríamos que saber porque era de cursos anteriores; no había terminado de escribir con tiza mis primeros e ininteligibles garabatos matemáticos en la pizarra, cuando me ordenó que me sentase porque no tenía ni puta idea; su forma de expresarlo con precisión ya era famosa en el internado: «Zerillo», es decir que al lado de tu nombre anotaba un cero en la casilla del día.

La tercera clase fue una repetición de la jugada, miró al tendido mientras el tendido miraba para otro lado menos yo, tonto de mí, pensando que me salvaría porque ya me había tocado la china el día anterior: volví a quedarme con la cabeza levantada, mirando al frente, desafiando a la suerte que nuevamente iba a mostrarse esquivada.

conmigo; don Modesto, sin mirar siquiera la lista, se fijó en mí y pronunció la frase mágica «Ozonno, a la pizarra».

Esta vez me levanté con más miedo que vergüenza, sabiendo lo que me esperaba al llegar a la pizarra porque no había mejorado nada desde la clase anterior; me pidió que explicase cualquier otra cosa, obviamente no soy capaz de recordar el problema concreto por mucho que lo intente, y se repitió el mismo protocolo «Zerillo, vuelva a zu meza».

Sin darme tiempo para abandonar el estrado, pronunció la frase que cambió para siempre mi vida escolar desde ese momento, no diría que para bien porque pasé de ser un cero a la izquierda en la asignatura a suspenderla con un dos en junio (el menos no fue un cero) aunque la aprobé en el examen de septiembre, un hito en mi historia de bachiller.

Enfadado por mi absoluto desconocimiento matemático me dijo «A partir de hoy, cuando yo entre en clase, quiero verlo de pie junto a la pizarra zin nesezidá de que yo lo llame». Sentí que la Tierra se abría bajo mis pies para tragarme, pero no lo hizo y no sé cómo conseguí volver entero a mi pupitre sin hacerme pis encima.

Quiso la casualidad que mi hermano Manolo, el que supuestamente todavía era peor que yo, ejerciera de inspector en el colegio durante el curso, así que en cuanto pude le conté lo que me había pasado y acordó con Jorge «Cuco» Franco Romeo, una institución en el internado, que me diera clases particulares de Matemáticas; Franco era inspector y profesor de Dibujo Técnico, todas las noches después de cenar daba clases de refuerzo a algunos alumnos que lo precisaban, cobraba por hacerlo, pero a mí me las daría gratis; me incorporé a regañadientes a las sesiones nocturnas y poco a poco fui mejorando, al

principio no lo suficiente como para enfrentarme al mal trago de salir a diario a la pizarra, pero don Modesto debió notar algún cambio porque dejé de escuchar el fatídico «Zerillo» a todas horas.

Don Modesto no me levantó la maldición y durante el resto del curso, cuando él entraba en clase me encontraba de pie al lado de su mesa, nervioso y tiza en mano, esperando como los condenados a muerte cuando los llevan al patíbulo, para intentar contestar algo a lo que tuviera a bien preguntarme; lo bueno de estas situaciones es que te acabas acostumbrando y vas perdiendo el miedo paralizante del principio, lo cual me ayudaba a mantener la calma y a pensar dos veces la respuesta antes de contestar, a pesar de lo cual suspendí en junio aunque aprobé en septiembre.

En sexto Don Modesto había avisado de que en el examen final nos pondría problemas resueltos en clase, por lo que durante el resto del curso preparé concienzudamente un cuadernillo en el que iba anotando todos los problemas y su solución, con la esperanza de que algún día me sirviera para algo; el cuadernillo acabó teniendo un buen montón de problemas que yo repasaba una y otra vez hasta casi aprendérmelos de memoria, ya que tenía la asignatura atravesada.

El día del examen final lo dejé a mano bajo la tapa del pupitre, don Modesto repartió la hoja del examen y advirtió que a quien pillase copiando lo suspendería a divinis; mientras iba y venía por el pasillo de clase dando instrucciones y amenazando con el fuego eterno a quien pillase, de un vistazo urgente leí la lista de problemas para comprobar, no sin sorpresa, que era cierto, los habíamos resuelto en clase y por suerte eran de los últimos días, si espabilaba rápido me salvaría de la quema; con varias acciones furtivas pude sacar del cuadernillo los dos o tres

problemas que por supuesto no controlaba pero había reconocido, el resto tendría que intentar resolverlos por mi cuenta, misión difícil pero no imposible porque algo había aprendido, aunque no sabía si sería suficiente para aprobar; los coloqué disimuladamente bajo las hojas del examen de forma que no se vieran y respiré aliviado, confiando en que por una vez tendría a la suerte de mi lado.

Acostumbrado a ver mi cara a diario, apenas me miró mientras paseaba arriba y abajo por el pasillo, lo cual me vino de perlas para que no me pillase in fraganti. Estoy seguro de que en su fuero interno sabía que me iba a suspender por curso, pero hasta que el árbitro no pitase el final no se acabaría el partido.

Cuando lo consideró necesario, don Modesto se sentó en su puesto de vigía de Occidente, pero, al no tener otra cosa que hacer y como su clase era la primera después de comer, pronto empezó a amodorrarse y daba pequeñas cabezaditas que yo aproveché para copiar las soluciones y terminar el examen en tiempo récord; fui devolviendo las chuletas al pupitre cuando podía y, sin poder controlar mi ansiedad, me levanté para entregar el examen. Fui el primero en hacerlo y aquello cantaba demasiado, cuando ni los mejores de clase habían terminado los suyos.

La prudencia nunca ha sido uno de mis fuertes, quizá debí haber esperado astutamente a que se levantasen otros y disimular un poco antes de dar por terminado el examen, pero las ganas de salir de aquella ratonera me impedían pensar con claridad, mi instinto me decía que me largase de allí antes de que sospechase algo; al verme ante sí, don Modesto me miró extrañado y repasó de un vistazo rápido el examen, sorprendiéndose al comprobar que había contestado todos los problemas «¡Ay, Ozonno, ezto é matemáticamente imposible, zeguro que ha copia-

do uzté», sonriendo, acojonado y sin esperar un segundo, tomé las de Villadiego a toda prisa antes de que fuera demasiado tarde y se repusiera de la sorpresa. Soldadito retirado vale para otra batalla.

Conseguí llegar hasta la puerta notando su intensa mirada clavada en mi cogote, esperando una reacción de última hora, pero salí de clase sin escucharle decir ni media palabra; ahora que lo he contado debo confesar que me aprobó por curso y no tuve que ir a la temida recuperación, sin duda aquél fue uno de los mejores días de mi vida escolar, un triunfo en toda regla, la venganza por los malos ratos que había pasado, siento decir que no me arrepiento en absoluto de haber copiado; lo cierto es que podría haberlo evitado porque me sabía casi al dedillo el cuadernillo, pero me arriesgué para asegurar el resultado y pasar un buen verano; ese año terminé aprendiendo algo de Matemáticas aunque fuese obligado y a la fuerza, pero me vino bien para el futuro porque en Preu volví a tenerlo como profesor, aunque sin tenerle tanto miedo porque ya no me obligaba a salir a la pizarra a diario como voluntario forzoso, lo mismo se cansó de verme el careto y la tomó con otro cualquiera.

Como todos los profesores, Don Modesto Ávila Jiménez tenía su propio mote que le venía que ni pintado: «el Numerillo», me las hizo pasar canutas esos tres años, pero a pesar de todo tengo buen recuerdo de él, como ya he dicho antes fue un hueso duro de roer, pero, como suele decirse, «para buena hambre no hay pan duro»; por suerte, y también con esfuerzo, conseguí aprobar por curso dos de los tres años sin tener que hacerme el harakiri.

RECUERDOS

Roxana Redondo Saussol



A MI PADRE

¡Cuántos ojos duermen ya profundamente!

¡Cuántos corazones y mentes que ahora necesitamos descansan ya en sus madres!

Yo invoco a esas almas, que descansan, a ti, papá, y a otros que, como tú, ya no están.

Almas puras, llanas, nobles.

Siento tristeza o algo superior a la tristeza, ¡impotencia!

Hay que cambiar el mundo sin dejar que este te cambie a ti, tener oídos sordos a la dialéctica y fe en el afecto.

Mi vida está llena de ti, de tus recuerdos, de tus pensamientos, y causa un desconsuelo incontrolable, no sentirte, no palpar tu alma y tu corazón.

Porque el mar, la piedra, el árbol, el panal de abejas, el asfalto, las hojas que se mueven acariciadas suavemente por el aire son tan bellas que... ¡nadie las ve! Y necesitan que alguien se lo diga.

Necesitan del letargo que le aprisiona y que cada partícula de su piel se desprenda para volar hacia el amor.

Las palabras van clavando el alma, poco a poco van tejiendo la piel del ser, van dejando resbalar ruedas de cariño y abren caminos a lo más fantástico y puro.

Necesito tu mano que me coja el alma y... sueño, creo, duermo, te añoro y la soledad se lo lleva todo, y el sentimiento se hace tangible pues seguramente te elevarás a sentirme, al notar la falta que me has hecho siempre y con la ansiedad que en muchos momentos te he necesitado.

Porque al fin y al cabo todos tenemos un corazón solo esperamos que lo acaricien.

RECORDANDO A PAPÁ

Ando buscando un padre, en los días grises de mi vida.

Por la calle de la melancolía, para cambiar palabras y frases, tan grandes como abrazos.

Ando por los recuerdos, buscando un tiempo niño en los que él estaba, pero... nunca lo encuentro, aunque yo estoy segura de que está todavía.

Lo mantengo en mi corazón, en mi alma, con mucho amor y puro y... a la sombra de Dios que sé que le acompaña.

Casi le veo en nuestra casa, o ... en su despacho, los ojos grandes, muy azules, MI PADRE entre sus libros trabajando, escribiendo, medita, sufre, calla, habla alto, pasea... ¡Oh, papá! Todavía estás ahí, el tiempo todavía no te ha borrado, soy igual de vieja que eras tú cuando me hablabas, pero en el recuerdo soy todavía la niña que tú llevabas de la mano.

PENSAMIENTOS PARA MIS PADRES Y HERMANOS

No sé si el amor duele o dolemos nosotros.

Buscamos en el fondo de nuestros corazones y son pozos profundos en los que se confunde el fango y el encuentro.

Las manos son más limpias, pero las escondemos... y escondemos los ojos porque nos da vergüenza enfrentar las miradas.

Y la vida es, por eso, siempre un distanciamiento. Ese quiero y no puedo de nuestra cobardía.

Perdimos la inocencia y ahora... ya no hay remedio.

Son tantas madrugadas encontradas, tanto lo que ha quedado al filo del silencio, tanto lo que no es nada, que equivocamos rumbos y... creemos que un beso resume la esperanza y pensamos que un suelo encuentra nuestras vidas.

Pero el sueño no existe y el beso... solo es beso, y el mundo viene y duele y no sirve y destruye lo poco que nos queda.

Seguimos caminando porque vivir es estar acumulando pasos, desechando deseos y a veces reclamando ocasiones perdidas.

Recordar siempre es bueno.

Hay veces que nos salva de tanto descanso.

Hay tardes en que el sol brillaba y era limpio y las lágrimas eran de un torrente de intentos, pero ya no lloramos de alegría, lloramos de nostalgia, y andamos aferrados a un ayer imposible y no sabemos si dolemos nosotros o lo que se ha quedado al borde del camino.

Y entonces el futuro no es futuro sino tan solo el lastre de lo que hemos vivido y nunca más vendrá.

El horizonte queda reducido al latido de nuestro corazón.

¿Recordáis esas tardes en la calle Espronceda? tan solo era vivir en busca del pijama, de jugar, y de las buenas noches y... el calor de una madre, que era de caramelo.

¿No recordáis los Reyes con todos sus silencios e ilusiones? ¿y... la mañana eterna?

Os estoy preguntando si tenéis recuerdos de todas esas tardes que vivían tiempo abajo sin problema, de esos veranos largos en la playa preciosa. Del calor de camilla, de Caridad, detrás de ese pasillo largo por donde patinába-

mos, de la cama que siempre se llenaba, del colegio, de la bici de Nuria.

De mamá por la noche rodeada de cremas, de camas y de niños.

Os estoy preguntando si recordáis conmigo, si la nostalgia siempre os merece la pena, si los años no han hecho que nos volvamos mudos.

Si podemos decirnos el amor que guardamos desde cuando besábamos, con besos que eran besos.

Os estoy preguntando si merece la pena seguir por lo que fuimos.

¿No recordáis la luz?

Os estoy preguntando si las lágrimas sirven, las caricias valen, si la sangre no miente, si es posible revivir el pasado y darlo a nuestros hijos y dejarles las palabras de antes del desencanto.

Os estoy preguntando si la ternura puede con el paso del tiempo.

Dadme ya una respuesta porque mis hijos crecen demasiado deprisa.

EL CAJÓN

Francisco Antonio Álvarez López



Antes de que los militares fueran todos profesionales, como ahora, era costumbre que los Oficiales de cierta graduación, tuvieran a sus órdenes directas a un soldado de reemplazo conocido como asistente, al cual trataban normalmente como a un miembro más de la familia. Es por ello que la mayoría de estos soldados, cuando tenían que ir a la “mili” deseaban ser asistentes de algún Oficial, porque sabían que de aquella forma, la vida en el cuartel les resultaría mucho más cómoda y llevadera.

Hace algunos años recibimos una carta dirigida a: Marcos Álvarez Gallego o familiares. La remitía Ramón Molins, un asistente de un pueblo de Lérida que mi padre había tenido hacía más de cuarenta años. Yo fui el encargado de llamar por teléfono a Ramón y darle la triste noticia del fallecimiento de mis padres. Al oír el llanto de aquel hombre de 70 años, pude comprobar el cariño mutuo que existía entre el asistente y mis padres. Siempre recuerdo la ternura con que mi madre nos contaba historias de Ramón, Es por esto que para nosotros era ya el tío Ramón. Mamá, cuéntanos cosas del tío Ramón, le decíamos de vez en cuando. Hoy en día seguimos manteniendo una estrecha amistad con aquella entrañable familia. Otro asistente de mi padre era Pepe, al que llamaban el francés, el cual le hizo para su despacho un mueble escritorio con numerosos cajones de los cuales, solo uno tenía cerradura.

El día que lo puso en su habitación le había dicho a mi madre: Isabelita (así era como la llamaba), cuando entres y limpies la habitación puedes hacer lo que quieras, pero te voy a pedir un favor: no abras este cajón, hasta el día de nuestro 25 aniversario de boda.

Mi madre, un tanto sorprendida, asintió con la cabeza y como no era especialmente curiosa, tampoco le dio demasiada importancia, a pesar de extrañarle un poco que mi padre tuviera algún secreto para ella.

Se habían casado completamente enamorados, como es natural, el 4 de noviembre de 1.939. Trece años más tarde murió mi padre, cuando era un joven de 37 años. Aquellos días posteriores, según me contó mi madre, estuvo a punto de abrir el cajón para ver que contenía, pero acordándose de la promesa, aún esperó 12 años más, hasta el día de sus bodas de plata. Yo también confesaré que más de un día tuve la tentación de abrir aquel misterioso cajón, pero respetando la memoria de mi padre, esperé con impaciencia hasta la fecha debida.

El 4 de noviembre de 1.964 era el día señalado y desde primeras horas del día nos pusimos a buscar la llave del cajón, que no aparecía por ningún sitio, así que me disponía a forzar la cerradura cuando, para sorpresa nuestra, el cajón estaba abierto, y en su interior un sobre blanco que ponía: Para Isabelita, de Marcos. El sobre también abierto y una carta en su interior. Me dispuse a salir pero mi madre me pidió que me quedara y leyera yo mismo el contenido. Es la más bonita carta de amor que recuerdo haber leído.

Queridísima esposa:

Como has podido ver, igual que mi corazón, el cajón siempre estuvo abierto para ti. Nunca he tenido secreto alguno que ocultarte porque mi confianza en ti siempre fue total y absoluta.

Estoy convencido que has esperado los 25 años que te dije y otros tantos que hubieras esperado si te lo hubiera pedido. Perdona esta pequeña prueba, innecesaria, pero que al superarla te habrá llenado de satisfacción demostrando lo mucho que me amas.

Gracias, amor mío, por tu paciencia y cariño, pero gracias sobre todo por esos tres hijos, Manolito, Maribel y Pitusín. Ellos serán tu apoyo y consuelo si algún día yo faltare.

Tu esposo que mucho te quiere.

Marcos

Nos miramos a los ojos y abrazándonos en silencio como tantas otras veces, dimos gracias a Dios, recordando al esposo y padre.

El pasado trece de diciembre, mi primo, el coronel de Artillería, Antonio MOLLA LÓPEZ, tomó el Mando del Regimiento de Artillería de Campaña n^o 11 de Burgos.

Acto al que me invitó y durante el cual, me fue imposible reprimir unas lágrimas de orgullo por mi primo y de emoción por el recuerdo de mi padre, artillero también que con su muerte prematura, dejó una viuda y tres Pínfanos que gracias al internado en los distintos CHOE, supieron agradecer y cumplir con el preciado legado de compañerismo y amor a la Patria, virtudes propias de la milicia que todo PÍNFRANO siempre llevará consigo.

EL RELOJ

Marta González Bueno



Míralas, las conozco, las he visto muchas veces. Son comedidas y tímidas, aunque algunas, las pequeñas, son más revoltosas, pero las mayores enseguida ponen orden.

Cuando las veo sé que comienzan las vacaciones. Las de Navidad, o las de verano, como ahora. Son alumnas de algún colegio, sí, son escolares. Lo veo en sus modales y en su forma de hablar.

Me preguntáis cuántas son. En esta ocasión van cinco, pero a veces he visto solo a dos y otras veces son hasta siete. Mis observaciones no alcanzan a conocer la causa de las variaciones. Hoy voy a estar especialmente atento para poder daros noticia puntual.

Aunque algunos detalles se me escapan, la verdad es que os asombraríais si supieseis las cosas que sé de ellas. Son muchas horas observándolas, a veces hasta puedo leer sus labios. Se hacen querer, Lamento tanto no poder acercarme a ellas.

Llegan pronto, antes del mediodía ya están aquí. Llegan arrastrando una maletita, casi siempre beis o granate, de rayas grandes. Cuando las veo cargar con ellas, se diría que les pesa mucho, aunque cuando las abren se observa que están medio vacías. Tengo que poner más atención a lo que veo. Las dejan a los pies, protegiéndolas de posibles ladronzuelos. De vez en cuando una de ellas abre su maleta y revuelve un poco el contenido, pero solo mira, no saca nada. La otra le apremia a cerrarla.

Siempre con una enorme sonrisa buscan un banco vacío y lo ocupan con una cierta ostentación. Durante unas horas va a ser su aposento dentro de esta casa grande que es la estación.

Me he preguntado varias veces por qué vienen tan pronto, si el tren que cogen ellas no sale hasta por la no-

che. Quizás les han obligado a dejar el lugar donde estuvieran, y no tienen más remedio que pasar aquí largas horas. Quizás estaban impacientes por llegar a la última etapa que les conducirá al encuentro con sus mamás.

Las he oído hablar de ello, prometiéndoselas felices ante los próximos abrazos. Si, es eso, llegan cuanto antes para estar preparadas para coger su particular expreso de medianoche.

Por turnos, para no cargar con la maleta y para no perder su asiento, hacen breves excursiones dentro del recinto de la estación. Dan vueltas alrededor de un kiosco donde venden la prensa y se detienen a mirar todo lo que pueden, intentan husmear detrás de cada puerta entreabierta. Suben una enorme escalera, y desde arriba miran a todos los lados, intentando ver algo de la ciudad. Al cabo de un ratito bajan jugueteando. Alguna vez se han dado un susto por ir demasiado rápido, Recuerdo cuando una de las pequeñas llegó a caerse, aunque sin consecuencias graves. Visitan los urinarios en más de una ocasión, unas veces por necesidad, otras veces para beber agua, otras veces simplemente para pasar el rato. Son muchas horas de espera.

Cada tren que llega a la estación es objeto de sus minuciosas observaciones, la gente que baja, los abrazos con los que esperan, las maletas que llevan, la ropa que visten, Hacen sus particulares observaciones, igual que yo mismo, elucubrando sobre los motivos de su viaje y el tiempo que piensan estar en la capital. Para ellas, la capital es sólo un paso necesario, y molesto, para alcanzar la meta de su desplazamiento.

La cafetería también es el destino de sus pequeñas excursiones, aunque este establecimiento les crea más problemas, temen ser vetadas o retenidas por los encar-

gados, les da una cierta vergüenza, no consideran que sea lugar adecuado para entrar sin adultos.

Por fin una de ellas se ha aventurado a entrar. Ha tardado un ratito, no mucho, y ahora está transmitiendo la información obtenida a sus compañeras: productos a los que pueden acceder, formatos y precios. Sus posibles son escasos, no saben si pueden o deben gastarse un poco de dinero en algo para entretener el hambre o en golosinas con las que alegrar su ánimo. He visto a las mayores resistirse ante la insistencia de las pequeñas, estas, más irresponsables mostraban más interés en gastar: un pirulí, unos chicles o unas bolitas, ¡son tantas horas de espera!

Sé que tienen dinero, pero no sé cuánto. He oído a una de ellas comentar con las demás que antes de salir del otro sitio, del colegio (si, vienen de un colegio en la cercana localidad de Aranjuez, ahora lo sé) les habían dado una pequeña cantidad de dinero para que tuvieran algo para gastar en verano. Las mayorcitas quieren guardar ese dinero para dárselo a sus mamás, pero las más pequeñas quieren gastárselo en golosinas. Tantas horas aquí dentro se les hace una eternidad.

El dinero lo llevan a buen recaudo. Al principio pensaba que lo tenían en la maleta, tantas veces como la abrían y la cerraban, pero después de observaciones más minuciosas puedo asegurar que lo llevan en una faltriquera, creo que lo llaman así. Se lo colocan debajo del vestido, y acceden a esa especie de bolsa a través de una raja lateral que tiene el vestido.

Discretamente, sacan un sobre y medio tapándose unas con otras, cogen de su interior uno o dos billetes de los pequeños. Lo cierran de nuevo, apresuradamente y miran con disimulo para ver si han podido ser vistas por

alguien. Pobres niñas, lo que no imaginan es que yo, desde mi atalaya, las veo sin problemas y puedo observar todos sus movimientos.

Ahora estoy contento por ellas, por fin han decidido comprar un bocadillo para compartir entre dos, y lo están saboreando entre miradas y sonrisas de complicidad. Seguro que sus mamás también se alegrarían de verlas contentas, aunque a ellas las llegue un poco menos del dinero que tanta falta les hace. Las niñas hablan un poco más alto y ríen mientras dan fin a su festín.

Otra vez, con renovada vitalidad, se dedican a explorar, por turnos, cada personaje característico: los que transportan el equipaje, los señores de uniforme que dan salida a los trenes, el señor del quiosco de prensa... y observan minuciosamente cada rincón de la estación: las taquillas, la consigna, las vías, el reloj... Me miran, sí, me miran muchas veces, con curiosidad, con impaciencia. Con deseo de ver moverse mis manillas a mucha mayor velocidad.

Como me gustaría complaceros niñas, adelantar mis manillas para que vuestro tren expreso llegue ya. El tren que os llevará a vuestras casas, junto a vuestras madres.

MI PRIMER DIEZ MIL

Santiago de Ossorno



En agosto de 1969 alguien tuvo la feliz idea de organizar las Olimpiadas de Verano del Castillo de Santa Cruz, éramos pocos alumnos, menos de cien pínfanos, pero al parecer suficientes para organizar una olimpiada colegial.

Se establecieron dos grupos de edad para igualar las fuerzas, uno hasta los 16 años cumplidos y otro de mayores a partir de esa edad; en julio había cumplido los 15 — la noche de mi cumpleaños el astronauta Neil Armstrong pisó por primera vez la Luna y pronunció la famosa frase «Es un pequeño paso para un hombre, pero un gran salto para la Humanidad»—, así que me tocaba competir en la categoría de los pequeños, pero éramos tan pocos los apuntados que en la mayoría de las pruebas solo se pudo formar un grupo mixto sin límites de edad.

Las primeras se celebraron sobre la arena de la playa en las horas de marea baja, había que darse prisa porque cada seis horas subía o bajaba; recuerdo los lanzamientos, en martillo no participé porque apenas podía levantar del suelo aquella pesada bola encadenada de 7,26 kilos; si no recuerdo mal, lo ganó Martínez Mateos, un coloso murciano que lanzaba el artilugio más lejos que nadie y casi ponía la bola en órbita; visto el percal tampoco participé en otros lanzamientos, ni de jabalina ni de peso, para evitar accidentes en las piernas porque las necesitaba para correr que era lo que me gustaba.

Hubo más pruebas olímpicas, incluso de natación en aguas abiertas, en el mismo lugar pero con marea alta; el muelle lateral de servicio se convertía en una plataforma de saltos lanzándonos al mar desde el borde, había allí una escalera de hierro oxidado para subir tras cada salto y una pequeña grúa manual para subir mercancías y material de peso (nunca personas); los días transcurrían lentamente entre pruebas y más pruebas, pero la que yo quiero contar es la de carrera en ruta; un recorrido me-

dido de 10 kilómetros entre ida y vuelta que saliendo del muelle del pueblo llegaba hasta la mismísima puerta del Pazo de Meirás.

Sobre la línea de salida, en el aparcamiento del restaurante Maxi, solo estábamos diez o doce osados participantes, nada más dar comienzo la prueba todos los corredores salimos pitando cuesta arriba en dirección al cruce, pronto dejé de verlos pero no me desanimé y seguí a lo mío; casi llegando al Pazo de Meirás me iba cruzando con los que volvían, me animaban al verme y los fui contando para situarme en la clasificación general, no estaban todos, los que faltaban no sabía dónde se habrían metido, o se habían confundido de recorrido y acabaron en Betanzos, o se metieron en alguna huerta del camino para coger fruta y beber agua del pozo, o también puede que se hubieran retirado. Me daba un poco igual porque yo pensaba llegar a meta pasase lo que pasase.

Apostados junto al Pazo de Meirás, los jueces de carrera registraron mi paso y tomé el camino de regreso hacia el Castillo, toda la prueba la hice en solitario pero no me importaba, puede que fuera mejor para mí porque podía llevar mi propio ritmo sin preocuparme de nada más, siempre he sido resistente y bastante cabezón, de acabar lo que empiezo.

Llegando al cruce de Santa Cruz unas chicas mayores, de una colonia de verano que había en el pueblo, estaban animando al borde de la carretera junto a su residencia y me aplaudieron al pasar, debieron verme pequeño al lado de los que habían pasado un buen rato antes y querían animarme, la verdad es que lo consiguieron.

La llegada estaba habilitada sobre la arena de la playa, allí aguardaban los corredores que iban terminando, el resto del colegio, los chicos y chicas locales de nuestra

pandilla y algunos veraneantes aburridos que asistían como público al evento para pasar la mañana, nuevos aplausos y fin de la carrera; había conseguido completar los diez kilómetros y estaba tan cansado como contento. Por supuesto no recuerdo la marca que logré, pero la satisfacción era tan grande que no cabía en mí de gozo; siendo adulto me convertí en maratoniano y participé en muchas carreras de todas las distancias en varios países, incluso en una de cien kilómetros, en esa las pasé canutas pero también la terminé, y tengo guardadas las medallas recibidas como premio al esfuerzo.

Al terminar las olimpiadas se organizó una merienda en el Castillo para la entrega de premios, se invitó a personas del pueblo con las que teníamos trato; se montaron mesas al aire libre junto al torreón dónde estaban la enfermería y la consulta del médico, el mismo en el que le gustaba sentarse a escribir a doña Emilia Pardo Bazán, y convocados por la campana del Castillo fueron llegando los invitados. Para los pínfanos fue una celebración por todo lo alto, la fiesta del verano; al acabar la merienda, nos autorizaron a montar un guateque con bebidas y tocadiscos en el comedor.

Pero antes tuvo lugar la entrega de medallas a los ganadores de cada prueba, por turno los iban llamando y se las entregaban, hubo muchos aplausos porque se lo habían ganado y todos estábamos contentos por haber sido capaces de organizar y participar en las olimpiadas; cuando pensaba que ya había terminado el acto de entrega se anunció que iba a entregarse un premio especial al mérito deportivo, lo que viene siendo un premio de consolación; resultó que el premiado era yo, mi único mérito consistía en que, sin tener opciones de medalla en ninguna prueba, había participado en el grupo de mayores siendo de los pequeños, a pesar de lo cual había de-

mostrado un fuerte espíritu de superación que debía ser reconocido.

Sorprendido, me levanté entre los aplausos de los asistentes para que un compañero de clase y buen amigo, me diese la enhorabuena mientras me colgaba del cuello la preciada medalla; era la sorpresa que me quiso dar aquel día y sin duda lo consiguió porque la mantuvo en secreto; nos conocíamos desde que ingresamos en las Mercedes con ocho años recién cumplidos y estudiamos juntos hasta terminar Preu, fueron nueve largos años compartiendo penas y alegrías por los distintos internados y todos sabemos lo que eso une.

Quizá no debería decirlo, pero este amigo me birló la primera novieta que me eché en el Castillo, se llamaba Mariví, una guapa chica, hija mayor de los dueños del restaurante O Pote; aquel verano yo acababa de declararle mi amor adolescente, pero al segundo día de iniciarse nuestra breve relación romántica me dejó plantado por él; fue verlo salir del agua en bañador con aquel cuerpo de atleta que se gastaba y, en cuanto le pidió una toalla para secarse, ella cayó rendida a sus pies, no había color.

Adonis a su pesar, él no tenía ninguna culpa por despertar pasiones en el elenco femenino de la pandilla, de hecho no mantuvieron relación pero, las comparaciones son odiosas, aquello elevó el listón de exigencia de Mariví y como yo no daba el nivel corporal mínimo requerido me quedé compuesto y sin novia. Nada grave, eran efímeros amores de verano, pero me dolió bastante (durante cinco minutos).

No hace falta decir que sigo conservando aquella medalla como oro en paño, la foto que encabeza el relato lo demuestra, aunque no haya conseguido limpiarla bien

para que se lea mejor la leyenda, dice «Castillo de Santa Cruz 1969 MAYORES»; tengo muchas medallas gracias a mi afición por la carrera a pie, pero, por encima de todas, incluyendo las muy trabajadas y sufridas de los maratones, la de este relato es la joya de la corona que luce, orgullosa y sin complejos, rodeada de las demás en un lugar preferente.

Como el primer amor, ella también fue la primera y eso nunca se olvida.

SOLO PENSABA EN MÍ

Antonio Benéitez Ballesta



Mi padre al que estaba muy unido, había fallecido recientemente cuando yo tenía nueve años, mi estatus de niño huérfano me costaba asimilarlo y me enfrentaba a un cambio brutal en mi vida, ya nada iba a ser igual que antes, la situación mental por la que atravesaba era de un absoluto desconcierto.

En tan solo dos meses de mi corta vida, todo se me ha venido abajo; a la muerte de mi padre que para mí fue un suceso ya de por sí desgarrador había que añadirle el anuncio y la certeza de mi obligado internamiento en un colegio de huérfanos del Ejército, en un recóndito y alejado pueblo de la Coruña conocido por Padrón y del que nunca había oído hablar.

Todo ello era demasiado para mi infantil personalidad, dado que las consecuencias eran traumáticas, se tuvo que suspender mi comunión anunciada para mayo de ese año como una prueba más del luto en el que se encontraba mi familia.

Ya no había nada rutinario, ni fijo, ni perdurable, la asistencia a clase se había convertido en un suceso transitorio, de poco valía aplicarse si el curso que viene ya no volvería a la misma escuela; mi relación con los amigos de la escuela y el barrio se había difuminado de una forma alarmante, jugaba sí, pero mientras lo hacía no podía evitar pensar que tarde o temprano toda mi actividad pasará a un segundo plano.

Más de una noche cuando la casa estaba sumida en el silencio y la oscuridad inundaba mi habitación, mis ojos vivos todavía permanecían abiertos, mi pensamiento volvían una y otra vez al internado sin proponérmelo pensaba en lo que supondrá tal evento en mi vida; dejar sus paseos curiosos por la ciudad; abandonar las escapadas para bañarse en las bravas y turbulentas aguas del río

que atravesaba la ciudad en los días calurosos de la meseta; saltar sobre los charcos helados y liberar a las piedras y plantas antes capturados por la capa de hielo en los fríos días del invierno; como tampoco disfrutaré de mis correrías entre los árboles armado con un artesanal tirachinas a la caza del gorrión despistado que canturrea ausente de lo que le venía encima; también dejar mis competidos partidos de futbol en las campas cercanas al Hospital Provincial, donde en breve me sacarán la tarjeta roja camino del internado etc. Aun así para mí la vida seguía. No obstante, la fecha del ingreso era inamovible en septiembre ya estaré ingresado o dicho de otra forma internado. Que tremenda soledad e incertidumbre me venían encima. Mi ingreso en el internado era inminente y próximo.

Antes y por consejo de mi madre, tuve que hacer frente y en solitario un indeseado y protocolario acto social, como era despedirme de los familiares más allegados. Yo, odiaba este tipo de actos, no solo porque no estaba acostumbrado sino también por lo que de superficial que tenían, además alargaban en exceso los momentos previos a la dolorosa partida, por ello deseaba que pasase cuanto antes, no tenía objeto soportar tantas y repetidas compases.

Comencé a visitar, con cierta amargura y muy enfadado, no entendía porque mi madre no me acompañaba en tal evento, ella estaba más acostumbrada a estas relaciones sociales que yo pero... Tuve que realizar múltiples visitas, bajo un protocolo que odiaba y a la mayor celeridad, no me daba tiempo a acudir y cumplimentar mi despedida familiar. Múltiples, variadas y rápidas fueron las visitas realizadas a los familiares eran muchos y el tiempo escaso. Todas las visitas, presentaban el mismo perfil, insostenibles, mecánicas y de cansada rutina donde se re-

petían los mismos actos y las mismas frases, acompañadas de sonrisas fáciles y casi metálicas, de besos mejillosos que sonaban como latigazos cerca del oído; besos como banderillas debido a que algunas tías ya mayores que habían perdido cualquier apunte de coquetería femenina, presentaban una fila desordenada de bello recio en su labio superior que como dardos se hincaban en mi pueril mejilla; por su parte los hombres me extendían la mano, apostillando una frase odiosa que acompaña al gesto... “Entre hombres, nada de besos”.

Yo, lo estaba pasando francamente mal escuchando una y otra vez las mismas preguntas y frases... “Piensa siempre que, es por tú bien”. “En el colegio encontrarás muchos amigos”. “No te preocupes, el tiempo, pasa muy deprisa” “Por Navidad volverás a casa” nunca volví. “Pórtate bien”. “Estudia mucho”, pero de entre todas, hubo una frase que se grabó en mi mente por encima de las otras... “El mal camino andar pronto”. Algún familiar por fin pensó que irse interno no es tan bueno como dicen y me animaba con tan determinante frase, a que cuanto antes pasara este mal trago mejor; era la pura realidad todo hasta lo malo tiene un fin, pues que así sea. De golpe y porrazo me entraron ganas de que mañana llegara cuanto antes y de esta forma estar más cerca del final. Gracias a dios, las visitas finalizaron y con ello volvió la normalidad, aunque de mi mente no desapareció la angustia, la zozobra ni la incertidumbre.

A pesar de lo alejada que parecía la fecha de ingreso en el internado, esta llegó, en el mes de septiembre de aquel funesto año de mil novecientos cincuenta y siete. Día de la partida, el viaje lo haré en tren. Ese día, no iba a dormir, puesto que la hora de salida del tren hacia la Galicia lejana, era a las dos de la madrugada. Mi madre y yo, salimos de casa, recorrimos varias calles en absoluta

soledad solamente acompañados por las tenues luces de las farolas, y finalmente enfilamos la carretera hacia la estación, un gran edificio con una gran puerta principal que parecía iba a fagocitarme, la atravesamos, ahora mi madre y yo cogidos de la mano y en silencio, nos encontramos de pie el uno al lado del otro yo, con mi maleta en la mano que contenía los pocos enseres que yo tenía, pero que iba a ser mi compañera de viaje, mi madre con un pañuelo y un papel en la otra mano.

Algunas personas taciturnas transitan con pasos inquietos y pasaban cerca de nosotros, las menos, se percataban de mi presencia otras siguen sumidos en sus inquietudes. Madre e hijo, permanecíamos de pie quietos, sin hablarnos ni mirarnos cual estatuas de sal; en el reloj de la estación de esfera blanca y grandes números negros, las agujas se empeñaban en cumplir su trabajo, mientras la del segundero repetía una y mil veces su viaje, la otra la de los minutos obedecía puntualmente el ritmo impuesto y a cada vuelta de la primera, la segunda daba un paso seco y duro hacia el siguiente minuto, mientras la aguja horaria espera su turno. Son las una cuarenta y cinco de la madrugada el tren está próximo a llegar.

Yo, está embargado por diversas sensaciones de temor, incertidumbre, desconfianza, soledad, curiosidad, pero especialmente de resignación; la suerte está echada no hay vuelta atrás. Ahora el tiempo en la estación parece haberse detenido. Yo, seguía enfrascado en mi futuro, me iba de casa y de la ciudad y mi madre y mis hermanos menores se quedaban. No era justo, contrariado no me explicaba por qué mi madre no me hablaba, no lloraba en una situación donde todas las madres deben llorar el asunto no era para menos. No era justo.

Un hombre vestido de rigurosa etiqueta, con una banderín en una mano y en la otra un candil con débil y

titilante llama en su interior se acercó a mi madre, algo le dijo al oído, ella, asintió y le dio las gracias. Por el altavoz de la estación, se anuncia la llegada del tren expreso con destino La Coruña; algunas personas, se aproximan al borde del andén. A lo lejos, se observa una potente luz que se acerca a gran velocidad, rodeada de humos y estridentes ruidos, es la locomotora que arrastra escandalosamente al tren que me llevará a mi destino, se aproximaba entre chirriantes ruidos metálicos a la estación; me, asusté un poco y di un paso hacia atrás, mi madre conmigo.

El tren, como cansado del esfuerzo se paró frente a nosotros levantando mil quejas; los dos permanecemos cogidos de la mano pegados el uno a la otra, mientras una nube de vapor nos invadía, del tren nadie se baja; esperamos un instante, el vapor desaparece el vapor, al fondo algo más alejado de donde nos encontrábamos los dos se abre la puerta de un vagón, un hombre también uniformado se asomó a la misma, es el revisor que bajó al andén y se acercó a nosotros; al llegar saludó a mi madre, esta le extendió un papel que el recién llegado recogió y examinó detenidamente, después el hombre me miró a mí y esperó un instante para que madre e hijo nos despidiéramos. Yo, contrariado fui mohíno en la despedida, mi madre, se arrodilló junto a mí y ahora con un ligero apunte de llanto, me dio dos besos que recibí serenamente; el hombre lanzó unas palabras de ánimo a mi madre de mí ni se acordó, finalizada la despedida, el empleado me cogió de la mano, mientras yo mantenía en la otra la preciada maleta y juntos subimos al tren.

Por un instante desaparecí más tarde me asomé a la ventana del departamento donde fui ubicado, desde allí pude ver como mi madre desde el andén recitaba una serie de frases que yo no llegué a entender. La verdad me

sentí muy mal fui tratado como un paquete cuya importancia no era el contenido del mismo sino su destino. Un gran silbido, anunció que el tren de nuevo se ponía en marcha, perezosamente comenzó a moverse mi madre desde el andén, agitaba nerviosamente la mano y casi agónicamente me lanzó a gritos varias frases... ¡Te quiero! ¡Cuídate! ¡Escríbeme cuando llegues! Brusca-mente finalizó la despedida.

Todo pasó muy rápido. Yo, llegué al internado, en Padrón, me adapté perfectamente a la vida del mismo, no me resultó difícil, era buen estudiante, mejor deportista y un buen amigo. Después pasé por varios colegios más, acabé mis estudios o dicho de otra forma llegué a ser un “hombre de provecho”. Hoy estoy casado y jubilado jubiloso, tengo un hijo y una hija maravillosos, una mujer que siempre me entendió y una madre que siempre ha estado a mi lado, pero en el fondo yo guardaba como un poso amargo el comportamiento de mi madre el día de mi partida hacía el internado.

Hasta que en unas navidades en mi casa a la que había invitado a mi madre como no podía ser menos, sucedió un hecho que por improvisado y maravilloso no dejó de afectarme en gran medida y que fue el cierre de mi amargura residual. Sucedió improvisadamente. Mi hija, es una acreditada sicóloga y una maravillosa nieta a la que siempre le gustó oír y hablar de mis peripecias por los internados, pero esta vez se centró en su abuela y le espetó una pregunta que a todos nos sorprendió le preguntó... Abuela... ¿De tu vida dime cuales han sido los momentos más duros?

Mi madre, empezó a llorar desconsoladamente y haciendo de su flaqueza una virtud, dijo sin pensárselo. El día en que murió tu abuelo y el día que despedí a tu padre en el andén de la estación, por estas razones en vida me

he muerto dos veces. Francamente afectado, me levanté, fui hasta donde estaba mi madre y mientras le abrazaba le dije con el corazón roto.

¡Perdona madre, solo pensaba en mí!

UNA TARDE DE CINE

Antonio Benítez Ballesta



Sucedió una y cien veces, allá por los años de mi internado en el Colegio de la Milagrosa en Padrón (La Coruña) y durante los años que transcurrieron entre mil novecientos cincuenta y siete hasta mil novecientos sesenta y uno; durante las tardes de paseo, suspendidas por la meteorología adversa de nubes cobrizas y aguas imprevisitas.

El cine, por estos años, iba adquiriendo protagonismo en la sociedad española. A pesar de la leyenda negra y de pecado, que había soportado en años anteriores. Un tal padre Ayala, llegó a comentar que “El cine es la calamidad más grande que ha caído sobre el mundo desde Adán a acá. Más calamidad que, el diluvio universal”.

No exageremos, reverendo que el cine también es un medio muy importante para divulgar los valores patrióticos, cristianos y sociales. Tanto es así, que el Generalísimo de nuestra España “Una, grande y libre” fue el guionista de la película, dirigida por Sáenz de Heredia que llevaba por título “Raza”. Esta, faceta literaria del Caudillo, era poco conocida por el vulgo, poca gente conocía que tras el seudónimo de Jaime Andrade, Franco, diseñó la historia de una familia ideal y quién sabe si este perfil familiar es el que el general hubiera deseado tener.

La película, fue estrenada en el Palacio de la Música de Madrid, el cinco de enero de mil novecientos cuarenta y dos, a bombo y platillo muy al estilo de los actuales festivales de cine. Tal fue, el entusiasmo del Caudillo, por la maravilla creada que, decidió realizar una segunda versión en mil novecientos cincuenta, aunque en este caso el título había variado ligeramente siendo el nuevo “El espíritu de una raza”. Películas patrióticas a las que se sumaron otras, a nivel nacional, “Harca”, “Escuadrilla”, “El abanderado”, “A mí la legión”, “Yo tenía un camarada”, “Boda en el infierno”, etc.

En otro ambiente ya más frívolo y con distinto contenido, películas como “El último cuplé” dirigida por Juan de Orduña e interpretada por la sensual e incombustible Sarita Montiel arrasaba y llenaba las salas de cine.

También “Los jueves milagro” dirigida por Luis García Berlanga. Pero quien realmente se llevó el protagonismo en la dirección de películas y promoción de personajes fue Cesáreo González, creador del estilo de las folclóricas.

Lola Flores, Carmen Sevilla, Paquita Rico, Marujita Díaz, Amparo Ribelles etc. No nos debemos olvidar, de la niña que llevaba por nombre artístico Marisol, el amor platónico de muchos internos, por todos recordado, un verdadero boom social. Pero el fenómeno cinematográfico que arrasaba, en una España necesitada de humor y banalidades, eran las películas interpretadas por la pareja cómica “El Gordo y el Flaco”, dos actores sin parangón alguno, eran dos niños grandes.

El gordo era Oliver Hardy, actor norteamericano, y el Flaco lo interpretaba, Stan Laurel actor inglés. Ambos formaban una pareja incomparable que aportaban esa dosis de sencillez, optimismo y risa, tan escasa en la sociedad española en los años de la posguerra. Pues bien, pasemos de la historia del cine a la realidad de su ejercicio en el seno del Colegio de la Milagrosa en Padrón. Lo dicho, hoy es tarde de paseo y como no podíamos salir a pasear serpenteando la larga fila de niños agarrados de la mano, por los montes y calles de Padrón y pueblos de alrededor pues... ¡Vamos al cine! Por supuesto, sin salir del internado. Antes había que montar la sala en el lugar escogido, el dormitorio y en la parte que no había camas. Mejor sitio, imposible. En el frente la pared como pantalla, en el centro el patio de butacas ocupado por los internos y en la parte trasera y sobre una silla la cámara de proyectar, a su mando y control, Sor Rosario, experta en

proyecciones y arreglos diversos. Todo está preparado, entre los asistentes sentados sobre el suelo de recia madera, se hace el silencio, Sor Rosario solicita. ¡Apagad la luz!

Comienza la proyección de una de tantas películas del Gordo y el Flaco, todo va milagrosamente bien, en pantalla una persecución donde los protagonistas, corren alocadamente para escapar del policía, que con porra en mano, les persigue a ambos, mientras que por otro lado el gánster que pretende aniquilarlos los acosa con total maldad; en sus carreras desenfundadas, sufren caídas, se dan golpes improvisados con puertas, farolas, coches etc.

Por parte de los asistentes, surgen risas e imitaciones improvisadas, la tarde es divertida. Pero... en un momento determinado un ruido ensordecedor invade la sala de proyección... ¡Rarararararara...! Sucede lo peor, una avería en el proyector, hace que la cinta salte, que el sonido y la imagen se distorsionen y ambos efectos unidos hacen que ver y oír la película sea imposible.

Hartazgo general ya que los internos han visto la película varias veces, tantas como averías aparecen, además los niños estaban ubicados de forma incómoda y posturas forzadas, apretados a su vez como sardinas en lata, es obvio que de no reparar en breve la avería, la sesión y el silencio no durarán gran cosa. No obstante la obstinada monja, se pone manos a la obra, para solucionar el entuerto lo antes posible. Antes vocífera, una nueva orden y grita desde el fondo de la improvisada sala. ¡Encended la luz!

Durante esta interrupción, los internos pasan del silencio al murmullo, del murmullo al bullicio, del bullicio a la algarabía y de esta al total descontrol del orden, es decir al follón. A pesar de todo, la monja, ayudada por algún

que otro interno, se esmera y logra solucionar el problema, nuevo grito de la monja. ¡Silencio, apagad la luz!

Se reinicia la proyección que ahora transcurre entre risas y el silencio, pasados unos minutos surge una nueva avería, esta vez más grave, se ha roto la cinta, nueva orden de la religiosa. ¡Encended la luz!

Los internos, conocedores de la repetida historia de otras tardes de cine, retoman su natural alboroto. Mientras tanto, la voluntariosa religiosa, con cierta habilidad ha pegado con acetona las dos partes de la cinta y problema solucionado. La monja, ante el alboroto está, al borde de un ataque de nervios, emite un desgarrado y espeluznante grito. ¡Callaos! Y ordena de nuevo. ¡Apagad la luz!

Se reinicia la proyección por tercera vez, las conocidas imágenes y diálogos de la película que los internos conocen hasta la saciedad, comienzan a ser repetidas por los espectadores de forma casi idéntica a las voces de los actores. Al principio en tono original y gracioso, para más tarde de forma colectiva y en plan gamberro, con lo que el dormitorio, habilitado como sala de proyección, se convierte en una jaula de grillos. La paciencia de la monja y con ella la sesión está tocando a su fin. Nuevo mandato. ¡Encended la luz!

La luz es encendida, la monja, muy alterada y decidida se abre paso entre los internos para dirigirse los más próximos a la zona donde se encuentra la pantalla o dicho de otra forma la pared. En su caminar, pasa entre las filas de niños que continúan sentados sobre el suelo, se coloca delante de ellos, con las manos apoyadas en la cadera, la cara sonrojada, el gesto irritado, desafiante y escudriñando con los ojos al soliviantado público, fuerza de

nuevo la voz y en grito comenta. ¡Os juro, por Dios, que os calláis o se acaba el cine!

Parece que ha dado resultado la amenaza. Silencio absoluto, la monja, crecida de ánimo, y de nuevo en su sitio, ordena por enésima vez. ¡Apagad la luz!

Los internos, en silencio y resignados se disponen a ver por cuarta vez el repetido pasaje de la película. De nuevo, salta la imagen, no se puede ver nada, algunos internos ya aburridos de tanta interrupción comienzan a hacer el ganso, a pelearse a tirarse objetos los unos a los otros, a explotar los globos de los chicles que mascan y que durante semanas conservan pegados debajo de la solapa del trapillo.

Es tal el jaleo que la monja, ya desesperada y harta de servir a los alumnos que por lo que se adivina no les interesa la película, manda encender la luz, mientras muy malhumorada, pega un tirón al cable para desenchufarlo, con un grito espeluznante que denota que su paciencia se ha agotado, más por el lamentable estado de la cinta que, por el jaleo que montan los internos. La religiosa, ya fuera de sus casillas, comienza su particular ataque...

¡Tú! Acusadora, señala con el dedo amenazador a un interno. Que es el único que se encuentra de pie apoyado sobre el radiador debido a que presenta una de sus rodillas herida y aparatosamente vendada. El señalado, sonríe, la monja se enfada aún más.

¿De qué te ríes? ¡Sinvergüenza! El interno, contesta sin poder contener la risa... De nada Hermana de nada.

Momento, en el que, los compañeros de al lado, contagiados por la risa del acusado, rompen a reír. La situación, se agrava por momentos. La monja, no aguanta más y se dirige hacia el lugar donde se encuentran los risueños internos, abriéndose paso entre los aposentados

niños, dispuesta a sacudir estopa, pero los nervios por un lado y lo abarrotado del lugar por otro, hacen que la religiosa en su carrera tropiece con las piernas de uno de los internos que permanece sentado sobre el suelo de madera.

La monja, pierde el equilibrio y se viene abajo estrepitosamente, cae sobre un grupo de alumnos. Estos, en el intento de evitar su caída, levantan los brazos y sostiene a la monja casi en el aire. La religiosa, con toda la dignidad que exige el momento, hecha un manojo de nervios y malhumor, se tranquiliza, adquiere la verticalidad, recompone su maltratada figura, se coloca la corneta derecha, se sacude el delantal y de pie entre los callados y sorprendidos alumnos exclama... ¡Hay que ver! ¡Vuestras madres tan tranquilas! y yo aquí peleando con los bárbaros de sus hijos. Se lamenta... ¡Madre del amor hermoso que paciencia hay que tener! Y se resigna... ¡Sea todo por la Virgen Inmaculada!

Es cierto, mérito pero que mucho mérito, había que tener para meterse en la jaula con ciento cincuenta leones aburridos y hambrientos de diversión e intentar dominarlos sin látigo alguno; al final se acaba perdiendo la paciencia el sentido común la dignidad y como no podía ser menos, la sesión de cine, ésta, toca a su fin.

La monja, desafortada grita hasta desgañitarse. ¡Callaos! ¡Silencio! Acto seguido amenaza de nuevo. ¡Así que no os calláis! ¿No queréis sesión de cine? Y pregunta retadora. ¿Verdad? ¡Pues lo habéis conseguido! ¡Se acabó el cine por hoy! Y añade malhumorada. ¡En vista que la película no os gusta, vamos a hacer una cosa mejor! ¡Castigados! ¡Todos a sus clases, hasta la hora de la cena! ¡Vamos a rezar el rosario! ¡Seguro que os gustará más! ¿De acuerdo?

Y tan de acuerdo más vale santificarse que soportar una sesión de cine. Agradecidos los internos abandonaron el dormitorio y la monja también.

EL INTERNADO Y LOS GRUPOS

Antonio Benítez Ballesta



El recuerdo del pasado, para mí, es siempre triste y no por lo que pudo pasar de bueno o de malo, simplemente porque ya lo dice la sabiduría popular, cualquier tiempo pasado fue mejor.

Y es precisamente del pasado, de mi pasado, de lo que quiero contaros mis recuerdos de aquellos cuatro años que pasé en el Colegio de la Milagrosa de Padrón en la Coruña. Pero por muy extraño que puede parecer, no voy a centrarme en relatar una serie de anécdotas más o menos divertidas que las hay y muchas, no, en esta ocasión quiero contaros algo sobre el grupo de ciento cincuenta internos, todos niños inquietos, pelados al cero, pertrechados con el famoso trapillo y venidos de todos los rincones de la geografía española, andaluces, vascos, valencianos, catalanes, gallegos, asturianos, castellanos, extremeños, manchegos, canarios etc. Una verdadera torre de babel; era frecuente oír hablar en todos los idiomas o dialectos existentes en la península y en las islas.

No obstante, el centro principal de la comunicación verbal era el idioma más común y generalmente hablado por todos, el español en su versión de castellano y nadie absolutamente nadie, renunciaba a su idioma natal y tampoco entre los internos, se reprochaba a los que en ocasiones se expresaban en otras lenguas. Todo lo contrario. En esta particular torre de babel, destacaba el gallego como lengua, idioma, dialecto o forma de expresión y no porque los internos lo hablaran en su mayoría, sino porque era muy utilizado por las auxiliares autóctonas y gallego parlantes.

En cualquier caso, nadie trataba de imponer su lengua sobre las otras, consistía por lo tanto en un ejercicio de verdadera cultura y respeto permanente hacia el resto de las lenguas, idiomas o dialectos. Los internos que de forma rápida ya se sabe, mentes claras y limpias o como

se dice ahora el disco duro casi vacío, asimilaban las palabras y expresiones y las utilizaban a modo de broma o imitación para mostrar en alguna manera que “falan gallego”. Cuanto menos, resultaba curioso que, en estos años, la lengua gallega, gozaba de una salud envidiable, aspecto que, no era de extrañar, dado que, el más significativo e importante personaje del sistema, el generalísimo de todas las Españas, era gallego de nacimiento, aunque, nunca nadie le oyó expresarse en su lengua materna. Para los internos, el poder hablar gallego, era hasta cierto punto un elemento de distinción, un apunte de su antigüedad en el colegio o un símbolo de su total integración en la zona, eso sí, siempre y cuando lo lograsen hablar sin ser gallego de origen.

No cabe la menor duda, la salsa y esencia del internado eran ellos, los ciento cincuenta internos con los que había que convivir uno, dos, tres o cuatro años en el interior del colegio. Las edades, oscilaban entre los ocho y los doce años, aunque existían excepciones de cinco y trece. La máxima concentración del colectivo, se presentaba normalmente en las horas de recreo en el patio; los ciento cincuenta internos, están en permanente movimiento y en un reducido espacio de terreno.

En medio de tanto jaleo y actividad, se encontraba la monja de guardia, siempre vigilante que, se paseaba ceremoniosamente, con el silbato metálico, habitualmente colgado de su cintura, dispuesto para llamar la atención a los que se desmadraban. Este paseíto de las monjas, era la permanente vigilancia que se ejercía sobre los internos y sus actividades lúdicas, durante el tiempo del ocio, donde el bullicio, la algarabía y algunas peleas eran las características más típicas del descanso estudiantil; la mayoría de los internos no cesaban de correr, de empujarse, de pelearse etc. Era normal, la presencia de los

típicos niños antes llamados “rabos de lagartija” revoltosos, inquietos y muy activos hoy por el contrario se les ha rebautizados como “niños hiperactivos” necesitados, como no podía ser menos de algún que otro tipo de tratamientos psicológico. Antes, se tranquilizaban con castigos o penitencias, más o menos moderadas, hoy se solucionan con jarabes, terapias, o técnicas educativas dirigidas especialmente a los niños, y no a los padres que como ya se sabe, son los responsables de que el niño sea tan...

Niños, todos unidos por el cordón umbilical de la orfandad. El colectivo de niños, era la parte más importante del internado; también lo eran, las monjas y sus métodos, las auxiliares y sus funciones, las normas de convivencia, la educación y sus principios etc. Todos en su conjunto, formaban parte del nuevo y apretado engranaje grupal de un mundo que por nuevo y desconocido a los ya ingresados inicialmente les generaba grandes angustias e incertidumbres. Debilidades que se minimizaban en el interior de los irregulares grupos. Grupos, a los cuales se adherían los internos, como una medida fundamental para hacer más soportable la vida en el internado.

Cada interno, era un componente más del grupo, en el que se integraban y desarrollan su incipiente personalidad. Los niños que, en definitiva, eran los protagonistas directos del internado, ultimaban su encaje en la nueva e infantil sociedad, había necesariamente que cerrar y configurar el grupo o tripulación, para tan larga singladura, otros los menos, buscaban con afán, su particular situación de robinsones.

El tema, no era en absoluto baladí, se trataba de que el interno seleccionara o fuese seleccionado su hábitat social, es decir que, estuviera dentro del grupo más idóneo a sus condiciones anímicas y de esta forma compartir en

solidaridad, las incidencias que en un futuro inmediato, iban a plantearse durante el curso. En definitiva, se buscaba afanosamente cerrar tanto el grupo de amigos como el de enemigos, aunque de estos últimos en realidad, poco o nada, se conoce.

El grupo, la cuadrilla, la pandilla etc. cualquier nombre es bueno para dar personalidad al elemento social del internado que, les ayudaría a disfrutar o sufrir la vida durante el nuevo curso que se les avecinaba. Los motivos que, polarizaban la formación de los grupos, giraban en torno a determinadas personalidades siempre o casi siempre existía un líder polarizador del grupo, también era causa grupal las aficiones diversas o el simple hecho de pertenecer a la misma clase, ser o venir de la misma zona geográfica, coincidir en las aficiones deportivas, ser aficionados de un mismo equipo de fútbol e incluso ser vecinos de cama, en el amplio y sórdido dormitorio del internado.

El grupo, era el marco donde o bajo el cual, sus componentes encontraban su hábitat y con el mismo su fuerza, su forma de comportarse, de defenderse o simplemente de minimizar sus debilidades, en definitiva su barco para navegar a lo largo y ancho del curso que estaba a punto de iniciarse. Es cierto que, la natural composición del grupo, no era algo que prevaleciera durante el curso; no se trataba de grupos cerrados, en absoluto, por el contrario, estos, con el devenir del tiempo, experimentarán variaciones en la habitual relación y convivencia del día a día. Como fiel reflejo de la sociedad en general, entre los internos, también los había que destacaban por altos y bajos; delgados y gordos; listos y menos listos, deportistas natos, o negados para el ejercicio; bravucones, atrevidos, traviesos y tímidos. El grupo, como conjunto, brilla-

ban o se oscurecían en función de determinadas virtudes o defectos de sus integrantes.

Dentro de los grupos, también se daban cita algunas personalidades curiosas, como los llamados “Chupabotes” se trataba, de internos, extraños e interesados que, ejercitaban su actividad en cualquier lugar y hora; su objetivo, llegar a ser los válidos de las monjas y así obtener de tal circunstancia, favores que aunque superficiales, les serían de mucha utilidad durante su estancia en el centro; también se daban cita los distinguidos con el sobrenombre de “Enchufados”.

La diferencia entre chupabotes y enchufados era muy clara, mientras los primeros ejercían para ganarse los favores de las Monjas, Hermanas o Sor, los otros los enchufados, eran las Monjas la que los seleccionaban, para que estos, les ayuden en actos rutinarios, ya sea cuidar de la clase en su ausencia; dar chivatazos; transmisión de rumores o cotilleos, hacer recados en el pueblo etc.

A los anteriores, se les unía otra personalidad, asignada a unos pocos y cuyos titulares eran temidos en cierta medida, “el matón”, normalmente interno de los cursos superiores, dotado de una fuerte constitución y condición física que ejercía su autoridad por la fuerza física; en ocasiones estos, se autoproclaman protectores de los internos más débiles, en realidad eran los capos del internado. Las peleas, entre matones eran muy comentadas, recordaban en algo, las luchas entre gladiadores o jefes de clanes mafiosos por no comentar aquello de machos alfa y dominantes de la manada, marcando su territorio.

En el internado, había dos personajes que, merecían especial mención y que también estaban internos, pero estos, gozaban de un régimen VIP, eran nada más y nada menos que, Dios y el Diablo. Mientras que el Diablo, se

manifestaba en casi todas sus apariciones, con cierta cicatería adornada con una sonrisa a modo de añagaza. Por el contrario Dios que, en su niñez y especialmente en el portal de Belén se presentaba como un niño feliz, luciendo una eterna sonrisa, a pesar del frío que estaba pasando, hoy ya mayor, ha cambiado mucho, su sonrisa se ha convertido en un gesto serio, hierático, como aburrido, da la sensación que no le gusta estar interno.

Tanto Dios como el Diablo, gozaban de un régimen de internado de total libertad, estaban en todas partes dentro y fuera del colegio; Dios está preferentemente en lo alto en el cielo y el Diablo por el contrario, en lo bajo, en el infierno. Aunque ambos, realizaban frecuentes y repetidos desplazamientos desde sus lugares de origen al internado. Su posición era de privilegio, un tanto cómoda, porque ni el uno ni el otro, asistían a las clases como esforzados alumnos, ni hacían ejercicios, ni metían goles, ni eran castigados. Algo así como, internos sindicalistas liberados o convidados de piedra. Estos internos VIP, aparecían cuando las monjas citaban su nombre, siendo frecuente a las monjas oírlas decir, que Dios os acompañe, que el Diablo os lleve, ir con Dios etc.

Hay que hacer notar que ninguno de los internos logró verlos, aunque sus citas por parte de las monjas eran permanentes. En cualquier caso, estos dos personajes por muy distinguidos que eran, también estaban internos e incluidos en todos los grupos. No obstante, su trabajo dentro y fuera del internado, variaba ostensiblemente. Mientras, Dios no permanecía ocioso, siempre tenía trabajos que realizar; como acompañar a los internos en todas las acciones religiosas, cuidar en el recreo de su integridad física, perdonar continuamente las malas acciones, acompañar a los niños a infinidad de sitios, estar

presente por las noches en la oscuridad del dormitorio velando por los buenos sueños etc.

Hasta en el comedor y aunque normalmente no comía, estaba siempre presente a la hora de la comida, hasta el punto de que bendecía la mesa y los alimentos que se van a tomar, ritual que se llevaba a efecto antes de empezar a comer o cenar, curiosamente en el desayuno no lo hacía, pudiera ser que no madrugase mucho, es evidente, no en vano había estado cuidando de los internos, durante la noche. Mientras que el Diablo, no tenía tanto trabajo, estaba bastante más ocioso que Dios, para eso era el Diablo o Satanás siempre aparentaba estar ocupado, pero normalmente se escaqueaba. A pesar de su desidia, se le citaba a él y su morada en numerosas ocasiones, al grito de las monjas.

¡Qué el diablo os lleve! ¡Eres el diablo en persona! ¡Irás al infierno! Etc.

Ante la cita el personaje en cuestión, se ponía en guardia, haciendo amagos ponerse a trabajar pero finalmente, esa intención, casi nunca se hacía realidad; su función era más de enredar y liarla; Bien es cierto que ambos personajes se camuflaban con gran habilidad, bajo otros nombres, por ejemplo, al mal unas veces se le llamaba Lucifer, otras Diablo, también Demonio, las menos Satanás. Mientras que el adversario, el bien, no le iba a la zaga, unas veces se le llamaba Dios, otras el niño Jesús, otro Jesucristo, las menos Señor. Con tantos nombres, los internos andaban un poco desconcertados.

En esta relación de internos VIP, figuraba la Virgen especialmente la Inmaculada, pero no era tan citada como los dos anteriores, por una sencilla razón, se trata de un internado para niños, no se admitían féminas. En cualquier caso, la Virgen, desempeñaba en el centro, algunas

actividades normalmente al lado de las monjas, era una compañera más y permanente en el grupo de religiosas, tanto es así que, las monjas, actúan a modo de representantes de la Virgen, repartiendo medallas, divulgando su imagen y citándola con frecuencia.

¡Madre del amor hermoso! ¡Virgen Santa, que burradas dices niño! ¡Virgen Milagrosa, ayúdanos! Etc.

Volvamos al grupo. En el internado, como en cualquier otro entorno social, el grupo, actuaba de forma original y libre, es decir que, una vez que un niño decidía formar parte de este era fagocitado por este y se convertía de inmediato en un componente más del grupo, por lo tanto, mientras permaneciera en el seno del mismo, el interno gozará de todas las ventajas que este le brindaba, eso sí siempre que cumpliera las reglas establecidas de forma tácita. Bien es cierto que, era tan difícil ser aceptado, como mantenerse, dentro del mismo. De no cumplir las normas, surgía el rechazo de tal manera que, sin presiones ni coacciones, los integrantes expulsaban de forma no traumática al rebelde. Es evidente que el grupo, no inhibía las cualidades de sus integrantes, ni raptaba sus personalidades, no, este crecía y se tornaba más potente socialmente, en la medida que sus integrantes, comenzaban a destacar en cualquier actividad.

El grupo, actuaba como elemento catalizador, y potenciador de las virtudes y defectos de sus componentes. En el caso contrario, si un componente del grupo, en lugar de cualidades aporta debilidades, el grupo, de forma automática, adoptaba una postura proteccionista y de defensa del débil. En definitiva, el grupo, era un núcleo o célula social que servía como soporte de convivencia pero también, para destacar o minimizar las glorias y las miserias, las alegrías y las penas, de los componentes del mismo. Es más, en alguna medida bajo el paraguas del

grupo todo era consenso y se actuaba en consecuencia, buscando en todo momento el interés colectivo prioritario sobre los intereses individuales.

Por lo tanto, el grupo formaba parte importante, de la vida de cada interno y de la vida en común, es más, era uno de los pilares básicos para llegar a lograr aquel fin que se predicaba sin descanso, especialmente las monjas “Ser hombres de provecho”. En caso contrario, un niño que vivía al margen del grupo manteniendo una convivencia en solitario o independiente, no le impedía que llegara a ser un hombre de provecho, pero su aislamiento le dificultaba enormemente conseguir tal objetivo; el Robinson, debía asumir su lucha en soledad ante el sistema, pudiendo ocurrirle que el sistema le superara y en consecuencia llegara a odiarlo, con lo cual, su estancia en el internado sería lo más parecido a un infierno y como tal lo recordará toda su vida.

Por norma general, la responsabilidad de gobernar y regir los internados, en estos tiempos, recaía o estaban encomendadas a curas, militares, monjas, etc. Los cuales y sin grandes variantes, aplicaban métodos muy similares, para llevar a cabo su importante labor educativa. En el internado, eran, las monjas, de la orden francesa de Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl y Santa Luisa de Marillac, las que regían los destinos del mismo y también estaban sujetas al grupo, tal era así que su organización asumía el nombre de comunidad de monjas, era ejemplar, dirigidas por la madre superiora, todas y cada una de las Hermanas tenía sus funciones y trabajos muy definidos.

Del grupo de monjas dependía: La organización del centro, la autoridad, el orden, la educación, la formación, la disciplina, los premios y los castigos, así como el ejercicio

diario y práctico de actuar dentro de las virtudes teologales, la Fe, la Esperanza, la Caridad.

En general, se trataba de un grupo de excelentes personas, muy implicadas en la educación y formación de los internos, además de poseedoras de un cariño que repartían indistintamente en pequeñas dosis y de forma equilibrada. En general, las monjas, se esforzaban en lograr que la vida en el internado fuera lo más liviana y agradable posible. Las monjas, disfrutaban con el bienestar de los internos y sufrían con sus adversidades. Pero había que ser conscientes de que el permanente trato en el día a día, el rigor con que se desarrollaba la vida en el centro, la necesidad de lograr hábitos correctos, dentro de un perseguido perfil humano, exigía a las religiosas, imponer determinadas normas de convivencia que cuando eran transgredidas, generaban situaciones, cuanto menos curiosas. Los internos, les correspondían en esta dedicación y cariño, ellos, en alguna medida las consideraban como una prolongación de sus madres.

Finalmente había un tercer grupo acompañando al grupo de monjas en su quehacer de todos los días, están eran las auxiliares, que trabajaban como, cocineras, ayudantas de comedor, lavadoras, planchadoras, guardianas en días de paseo, eso sí las camas nunca las hacían esa función estaba destinada a los propios internos. Entre el grupo de auxiliares, son recordadas entre otras, “La Señorita” que ejercía como auxiliar de cierto prestigio y rango, de un carácter agrio y malhumorado, en realidad era una interna más, aunque el caso de su internado, se disimulaba por que ostenta un alto cargo dentro del mismo.

La Señorita, gozaba de un régimen en pensión completa y habitación individual, a diferencia del resto de auxiliares; a la mujer, le gustaba escuchar la música en general

y muy especialmente marchas militares; cuando tenía un ataque de nostalgia en sus ratos libres, requería la presencia de algún interno hábil en el manejo de la armónica para que en sus momentos de relax le endulzaran sus oídos y elevara a cotas insospechadas su acérrimo carácter patriota.

Entre las auxiliares, destacaban también, María, una mujer medio meiga, medio gitana, apodada “La Bruxa”, de cara afilada y nariz aguileña, presentaba un pelo negro y muy largo que recogía siempre con una trenza que a modo de liana que le colgaba sobre la espalda; a la mujer se le adivinaba un pasado tormentoso, no se sabe si estaba en el centro para ayudar a las monjas o para redimir sus penas, se antoja un tono morboso en su forma de vestir, su desparpajo al hablar y su trato con los internos rozando lo atrevido con lo grosero.

De entre todas las auxiliares, la más alegre del equipo era Rosalía; esta auxiliar, sin lugar a dudas, era la más moderna y liberada, de pelo rubio ensortijado y ojos azules, cara redonda y sonrojada, de talla más bien baja y abundantes en carnes. En España, a pesar de los tiempos tristes que corrían, también se seguía cantando, el país, se levantaba, trabajaba y descansaba, bajo las canciones un tanto cansinas, de Gloria Laso, Lola Flores, Antonio Molina, Luis Mariano, Carmen Sevilla, Conchita Piquer, Jorge Sepúlveda, Antonio Machín etc. Canciones que no tardaban en llegar, a oídos de los internos.

La única, vía de entrada de las melodías era a través de Rosalía conocedora de todas canciones de moda; ella, con buena voz y gusto por el canto, se encargaba de dar a conocer y a alegrar con su moderno y actualizado repertorio, la vida de los internos, un tanto cansados de otro tipo de canciones repetidas una y mil veces en los actos donde se desfilaba, en apretadas filas, al son de canciones

como “El cara al sol” “Montañas Nevadas” “Gibraltar” etc. que de existir en aquella época el festival de Eurovisión, seguro que España, se hubiera presentado a concurso con cualquiera de ellas, otro cantar sería el resultado obtenido.

Se decía de Rosalía que, había participado en un concurso de cantantes noveles en radio Santiago. Así que, con buena voz, afición y conocedora de las tendencias modernas del canto, no era de extrañar que, en los días de fiesta y siempre a requerimiento de las monjas, Rosalía, cantara a los internos todo tipo de canciones, en ocasiones, no exentas de un cierto tono picaresco como era el caso cuando entonaba la popular canción “Canastos”.

El escenario, se reducía a la ventana del primer piso que daba al patio, desde allí, Rosalía, lanzaba sus trinos mientras los internos, permanecían de pie frente a la ventana, mirando hacia arriba a la espera del momento más importante de la actuación, el canto y la canción, cuando Rosalía, apoyando sus exuberantes pechos sobre el alfeizar interior de la ventana, tomaba aire para lanzar sus melodías, era el momento sublime de un inicial erotismo, dado que los aditivos o glándulas mamarias de Rosalía, parecían proyectarse hacia arriba, como dos golosos globos a punto de abandonar sus opresores contenedores.

El grupo de auxiliares, eran fieles cumplidoras de las normas del centro y en general estaban afectadas de un profundo sentimiento religioso. En otro orden de cosas, aunque de forma muy indirecta, existía un especial grupo de pobres y tullidos, también participaban en la vida del internado, personas que mendigaban y en este caso, las monjas, al ser especialistas en la virtud teologal de la Caridad, se deshacían en atenderlos, dentro de las pautas que marcaba la Comunidad. Finalmente, completaban el

cuadro de grupos, personajes y personajillos de mediana incidencia en el mundo del internado, los monjes dominicos del Convento del Carmen; los párrocos de pueblos de alrededor; el digno y elegante caballero cristiano, militar de profesión y profesor de gimnasia, su presencia era obligada, dado que las monjas no parecían las más apropiadas para dar clase y demostrar sus cualidades físicas, con el hábito incluido en el difícil arte de los saltos y las cabriolas.

Este militar, era todo un personaje, alto o al menos a todos nos parecía, de tez morena que a primera hora del día, citaba a los internos por cursos en el patio, donde comenzaba y transcurrían las clases de gimnasia, los internos bajo la atenta mirada del militar, corrían, saltaban, desfilaban o realizaban ejercicios varios; bajo los valores de la disciplina, el silencio, el sacrificio, la dignidad y el poderío físico que era de lo que se trataba. El profesor, siempre mantenía entre sus manos una fina vara para calentar las heladas piernas de los internos para utilizar en caso de pereza, error, indisciplina o cualquier otra circunstancia.

Finalmente, no nos podemos olvidar del marco que cierra por los cuatro lados nuestro lienzo de grupos y personalidades del internado, el pueblo y los padroneses/as; pueblo pintoresco hundido entre montañas donde destacaba el monte San Gregorio, popularmente conocido como “Santiaguíño” también el pueblo, abigarrado de casas de piedra bajas, de calles estrechas, con la iglesia del Carmen, ubicada en la parte más alta del mismo y regida por los padres dominicos; la parroquia de Santiago y su famoso Pedrón; el logrado paseo del Espolón, cubierto por la hoja abundante de los platanales americanos y lugar habitual de los días de paseo en cuyo cabecero y final se encontraban los hijos ilustres y convidados de piedra,

don Camilo José Cela y doña Rosalía de Castro; el alegre y siempre cristalino río Sar de cauce estrecho y aguas poco profundas, que atravesaba el pueblo con prisas por abrazar la ría etc. Finalmente no debo olvidarme de su gente, siempre afable, sencilla, hospitalaria y curiosa por conocer, el número que teníamos asignado, nuestro origen de procedencia o cualquier otra banalidad que nos pudiera afectar.

Ya han pasado casi setenta años y todavía guardo en mi memoria los recuerdos siempre gratos de mi estancia en Padrón; con la gran suerte que hoy la Asociación, me permite volver al grupo, para de nuevo relacionarme con los que fueron mis antiguos compañeros de internado, pero con otro concepto más universal, es decir y también con los que no fueron compañeros por pertenecer a otras promociones diferentes.

Gracias a la Asociación hoy podemos reencontrarnos, relacionarnos, disfrutar de momentos llenos de nostalgias y alegrías, pero especialmente por confirmar que aquellos lazos que establecimos en la niñez, eran verdaderos y solidarios y que aun pasando muchos años perduran y perdurarán hasta el final de los tiempos. Gracias.

MI PERIPLO POR LOS COLEGIOS

José Antonio Duarte Moreno



Queridos Pínfanos: Acabo de leer el último Boletín de «pa a pe», como decía una ahijada mía cuando era chiquitina. Veo con satisfacción que un íntimo amigo mío, Vicente Torres Cunill, ha escrito con su gracejo habitual, un entrañable artículo contando algunas de sus vivencias en los muchos y variados colegios por los que pasó, que dicho sea de paso, os recomiendo que compréis su libro, extensísimo, escrito por él, sobre la vida en los mismos, teniendo en cuenta que empezó su caminar a los 6 años en Padrón para acabar en el colegio de Carabanchel, donde estudió para ingresar en la AGM con la XIX Promoción, a la que también pertenezco yo.

Bien, una vez hecho este preámbulo, os diré que he ido a pocas reuniones debido a multitud de problemas, ya que creo que sólo han sido tres en las que incluyo la fundacional en 2003, de la que soy socio protector. No sé si en estos momentos hay algún compañero que me recuerda, pero como espero ir a la próxima reunión, allí os lo recordaré, si es que todavía queda alguno, partiendo de la base que ya tengo 84 años.

He tenido varios cánceres, prótesis por todo el cuerpo y una columna vertebral hecha añicos. Soy duro de pelar, y todavía me quedan fuerzas para seguir, pues yo a los médicos cuando me empiezan a decir cómo se curan mis dolencias, les digo: «bueno doctor, ¿y cuál es la solución más rápida?». Lógicamente me dicen que operar, a lo que les digo: adelante, de tal forma que, en 10 años, he entrado 14 veces en un quirófano, ya que pienso que, si me muero, el problema es para los que se quedan, y si me salvo, perfecto. Qué egoísmo, ¿no?

Empecé mi periplo allá por el año 1953, año en el que había fallecido mi padre, y como los militares y sobre todo sus viudas en aquella época estaban tan bien pagadas (viuda de Coronel, 500 pts./mes), mi madre, con

harto dolor en su corazón, tuvo que mandarme al Colegio de Huérfanos, cosa que nunca le agradeceré bastante, pues si no hubiera sido un tío de cuidado.

Cuando llegamos (de riguroso luto como era lógico), mi madre y yo pasamos por delante de la fachada que daba a la calle, la cual tenía una verja, (que los de la escuela no sé si recordáis). Pues bien, en esa verja, un alumno con cara llena de pecas gritó, ¡UN NUEVO!, a lo que se agolparon a la verja un montón de alumnos que estaban jugando en el patio (con tierra). Eso no se me olvidará nunca, se me heló la sangre, ya que desconocía lo que iba a ser mi vida desde ese momento.

Una vez hechas las presentaciones al director, que no recuerdo como se llamaba, me entregaron el correspondiente trapillo. Mi madre se marchó, no puedo imaginarme su sufrimiento en aquel momento, y yo, ya vestido con mi trapillo, me fui a un rincón del patio y me senté en el suelo. Cuando llevaba un rato sentado, no me imaginaba yo que iba a recibir la primera lección de lo que era pagar por ser protegido, un niño se sentó a mi lado y me dijo «no te preocupes yo te protegeré» para a continuación añadir «¿tú recibes paquete?», después me enteré de que algunos alumnos recibían un paquete de sus familias con cosas para comer y así mismo entendí por qué me preguntó mi compañero «protector» si recibía paquete, era obvio que llegado el momento quería participar del mismo.

La segunda lección, entre muchas que iba a recibir, fue en la primera comida, creo que recordareis, los que estuvisteis en el colegio, la disposición de las mesas en el comedor, eran para 5 personas, 4 de ellas dándose frente y la quinta dando frente al pasillo por donde recibíamos la comida y a su espalda una ventana. Pues bien, llegó un plato que eran albóndigas con tomate, traído por Elena

que era una de las muchachas que servían en el colegio. Antes de que la bandeja tocara la mesa, el alumno que estaba a mi derecha en la cabecera de la mesa, que dicho sea de paso no era persona de grandes luces, se abalanzó sobre la bandeja de las albóndigas, y con una técnica asombrosa con su tenedor y por un resbalamiento suave, las albóndigas que habían dejado los otros tres compañeros fueron directo a su plato, y yo me quedé asombrado y sin albóndigas, lección aprendida, hay que darse prisa.

Para desayunar nos daban un tazón de leche, de ayuda americana, algo malteada para darle color, con un cuarto de chusco; creo recordar que se podía pedir otra ración de pan que observé que muchos la ponían debajo de la mesa (que tenía un resalte en el cual cabía el trozo de pan, que era para la merienda que, creo recordar, se repetía lo del desayuno y ese trozo de pan complementaba la misma, pero ¡ah! había que darse prisa a entrar en el comedor porque si no lo hacías, corrías el riesgo de quedarte sin él, era fundamental «la prisa».

Podría estar contando infinidad de anécdotas que me ayudaron mucho a espabilar. Era el primer año en que el plan de estudios contemplaba una reválida, al finalizar el cuarto de bachillerato, y una vez aprobado, uno tenía el Bachillerato Elemental, y al finalizar el sexto curso de bachillerato había otra reválida, con lo que, una vez aprobada, obtenías el Bachillerato Superior.

No sé cómo pude aprobar el curso y la reválida, lo que sí sé es que las pasé canutas, por cuanto en Barcelona, donde vivía, el tercero de bachillerato, acostumbrado a que mi padre me ayudara (y ese año no fue así, debido a que mi padre estaba en el hospital y mi madre no podía controlarme, no iba a clase y estudiaba menos), creo sin temor a equivocarme, que me aprobaron por enchufe y por pena, ya que mis notas fueron todas 5.

Qué bien me sentó el colegio, visto desde ahora, la disciplina y, una vez pasados los primeros meses, el compañerismo, me sirvieron para darme cuenta de lo que había tenido y lo que había perdido.

Cambio de colegio. La entrada en Carabanchel Bajo fue distinta, la experiencia es un grado, y en ese colegio estábamos los que estudiábamos para ingresar en la AGM o la Armada o el Ejército del Aire, o una carrera superior, o bien ir al colegio de Valladolid (Pucelas) a estudiar para una formación profesional.

En este colegio, iba a vivir nuevas y distintas experiencias, empezando porque éramos mayores y también eran mayores los sucesos. Por ejemplo, viví la primera huelga que acabó de una forma un tanto radical. Los alumnos estábamos un poco hasta las narices de pasar hambre, y no sé cómo fue que me vi envuelto con mis compañeros en una manifestación por los pasillos, gritando todos los alumnos ¡HAMBRE, HAMBRE...!, rompimos unas lámparas de luz del techo de los pasillos, hasta que apareció el profesor de gimnasia, (8 de la mañana) que a la sazón era un Comandante del Ejército con uniforme y bota alta, el cual «a gorrazos» nos sacó al patio, que era el campo de jugar al fútbol, a darnos la clase de gimnasia que en aquella ocasión fue algo más dura.

Nuestro empuje y valentía se vino abajo, pero ¡oh, milagro! al día siguiente al desayunar, nos encontramos junto al tazón de leche malteada y el cuarto de chusco, ¡una pella de mantequilla!, novedad esta que nos hizo pensar que por lo menos había servido de algo la manifestación. Quiero recordar también que la comida mejoró algo, no mucho, pero algo es algo.

El comedor lo servían unas chicas jóvenes que las monjas les enseñaban lo fundamental para que pudieran

ganarse la vida sirviendo en una casa al irse del colegio. Recuerdo que desde el dormitorio donde dormíamos 40 o 50 alumnos y a través de una ventana, un día me picó la curiosidad, pues ví a Barrachina Gorgozo (gran defensa central del equipo de fútbol del colegio) el cual, a través de una ventana del dormitorio, veía el dormitorio de las chicas de servicio entre las que había una rubita que era una monada. Transcurrido un cierto tiempo apareció la pobre chica embarazada. Don David de Francisco Allende, director del colegio, con «la mano izquierda» que le caracterizaba, llamó a dos alumnos a su despacho, no sé cómo los descubrió, posiblemente la chica cantó ante un «hábil» interrogatorio de don David, uno de ellos Barrachina y el otro no lo recuerdo, y les preguntó quién había sido, contestando «ah, yo no» y el otro, «yo tampoco». Al ver que no podía aclarar el asunto, les tiró una máquina de escribir a la cabeza, no sé con qué resultado pues esto me lo contó un inspector que estaba presente, la conclusión es que la pobre chica desapareció, Barrachina siguió en el colegio y el otro no recuerdo.

La religión en el colegio era fundamental, misa los domingos y rosario, a lo mejor me equivoco, todos los días a última hora antes de la cena. Llevaba el tema religioso un sacerdote que no recuerdo su nombre, pero sí su mote: le llamábamos «el Memo», el motivo de este mote le venía dado porque los domingos en misa y cuando nos dirigía el sermón, en infinidad de ocasiones se olvidaba, y nos dejaba solos con el consiguiente cachondeo, entraba en la sacristía y al cabo de un rato salía y continuaba el sermón. Los alumnos tan comprensibles con la situación, le pusimos ese mote.

En la hora del rosario, no entendía cómo los muy mayores se sentaban al final de la capilla y se ponían a jugar a las cartas mientras el resto rezábamos. Se puede enten-

der pasado un tiempo y una vez terminado los estudios y durante los años posteriores, que, con esta clase de angelitos, salieran militares, médicos, abogados, curas y hasta atracadores, como fue el caso de Marquina, que fundó una banda, no recuerdo si en Ceuta o en Melilla, que funcionó hasta que los cogió la Guardia Civil.

El colegio era medianero con otro colegio, en este caso de chicas. El colegio tenía una piscina de agua verdosa, y el otro tenía otra piscina que se comunicaba con esta a través de una esclusa cerrada, pero que los mayores sabían abrirla y pasar al otro lado.

Cuando hablo de mayores, es que los que estábamos en quinto o sexto de bachillerato teníamos 14, 15 o 16 años, mientras que los mayores tenían 19, 20 o más, pues hasta los 22 años, creo recordar, los protegía el Patronato de Huérfanos de Oficiales del Ejército.

Una vez terminada la reválida de sexto curso, ya éramos bachilleres superiores, y nos visitó el General Villalba (en aquella época era el director del Patronato) para preguntarnos qué queríamos estudiar a partir de entonces. Los que queríamos ingresar en la AGM íbamos a hacerlo en el Colegio de Carabanchel Alto y los que querían hacer una carrera civil o formación profesional iban a Valladolid al colegio que allí tenía el Patronato (Pucelas).

No quisiera olvidarme aquí de nuestros compañeros Ortiz de Zárate y Polanco Mejorada, que recordareis, ya tenientes y destinados en África, fallecieron en una emboscada que les tendieron los moros.

Con el motivo anterior os voy a contar una anécdota: el General Villalba programó un acto en el colegio al que asistimos todos los alumnos con la gorra blanca y perfectamente en formación, así como las esposas de los dos tenientes (tengo dudas si Polanco estaba casado) y las

madres y familiares de estos, que consistió en colocar una lápida que todavía existe con el nombre de los dos tenientes y la forma heroica en la que murieron.

Y ahora viene la anécdota, el General hizo una alocución llena de espíritu militar acabando con la siguiente frase: «yo os digo que he probado muchas mujeres y como la española ninguna» ... hubo un sonoro silencio, aunque por dentro la sonrisa se dejaba entrever.

Empezó el curso siguiente, os voy a hablar del de Carabanchel Alto que es donde yo estuve.

Como todos los años, las clases empezaron en septiembre y la historia es bien distinta que las de otros colegios. Como conoceréis, para ingresar había dos exámenes en Zaragoza, un primero que era lo que llamábamos «literarias» y un segundo que era de Matemáticas, había que aprobar el primero para pasar al segundo. Ahí se notaba lo listos o inteligentes que eran los que ingresaban en 2 años, los normales que lo hacían en 3 y los menos normales (entre los que me encuentro yo) en 4 años. Aunque sufrí una injusticia de la que nunca me voy a arrepentir pues mi promoción creo que ha sido la que más compañerismo ha tenido y sigue teniendo a lo largo de la vida.

Los profesores además eran buenos o muy buenos, el de Álgebra y Aritmética se llamaba Aldama (no tiene nada que ver con el famoso actual) que siempre venía en coche con chófer. Nunca supe si era militar o un alto funcionario del Ministerio y luego estaba el entrañable coronel Lobo que daba Geometría y Trigonometría.

En el colegio teníamos dos inspectores que nos vigilaban en todo lo que hacíamos, uno que se llamaba Calenti, un desagradable, y el otro el Sr. Herrero, muy buena persona y se hacía querer por los alumnos. Había hecho la

guerra en aviación y su avión fue derribado y cuando le preguntábamos ¿y Vd. qué hizo? nos contestaba con mucha gracia «¡Bah! al saltar del avión, una ligera flexión de piernas».

No me olvido del peluquero «el Miserias» del que una de sus características era que, cuando nos cortaba el pelo, a la hora de peinarnos, escupía en el peine, nunca he sabido si era verdad o lo parecía, ya que el gesto y el sonido eran tal cual.

El director del colegio era el coronel Sousa que, dicho sea de paso, había sido alumno de mi padre. Mi padre tendría ahora 144 años pues nació en 1881, esto lo comento porque un día que me escapé del colegio con un grupo de compañeros, no recuerdo si a tomar un vaso de vino en el bar Valderrama o al cine, al volver por el mismo camino, es decir saltando por el frontón, todos nos fuimos a clase pues era el tiempo de estudio, todos menos el ínclito Losada que como tenía hambre se fue a la despensa. Y ahí estaba Calenti con la que se encargaba de la despensa, desahogándose... cuando vio a Losada le hizo cantar y este nos descubrió a todos. Yo era cabo galonista, me llamó el director a su despacho y, a pie firmes delante de él me dijo «Si te viera tu padre ¿qué crees que diría?», a lo que yo ni contesté y de un tirón me arrancó el distintivo de cabo galonista y me arrestó con 8 días en el calabozo, del cual no salíamos nada más que para ir a clase y comer.

El colegio no se caracterizaba por tener varios aparatos de gimnasia, pero para la época algo había, sin presumir, yo era bueno en salto de altura y longitud y velocidad. Teníamos una pista de ceniza de 50 metros y, como es lógico, los 100 metros eran de ida y vuelta. Pero sí iba bien para correr relevos de 4 x 50. Por último había unas espalderas, una cuerda o pequeña maroma, y aparatos,

potro, plinto y caballo que se saltaban individualmente o mezcla de los mismos, a mí me gustaba mucho, todo ello me sirvió muchísimo para no tener ningún problema ni en los exámenes en Zaragoza ni en mi estancia en la AGM.

La comida no se caracterizaba por su calidad y abundancia, pero un día Amadeo Palomo y yo descubrimos que en la buhardilla había un secadero de embutidos, con lo que, juramentados de nuestro silencio, nos hacíamos con algún salchichón y/o algún chorizo. ¡Nunca jamones! Pero un día que subimos, habían puesto un candado con lo que no tuvimos más remedio que meter en el juramento a uno de confianza que supiera abrir candados y encontramos a Collado Espiga, con el que solucionamos momentáneamente el problema pues, al cabo de pocos días, las medidas de seguridad fueron estrictas y el motivo fue porque habían robado un jamón... a continuación a un tal Salamanca lo echaron del colegio.

Independientemente del hecho, esto nos hizo reflexionar de cómo podía ser que hubiera una buhardilla llena de embutidos que nosotros no veíamos más que en el día de la Inmaculada, Patrona del colegio, nos daban un plato que llamaban «huevos a caballo» que consistía en un huevo frito sobre un trozo de tocino frito y todo sobre un trozo de pan también frito. Todo eso no aclaraba qué pasaba con el cerdo (que uno o dos días antes de la Inmaculada mataban en el patio del colegio, era una fiesta, el cerdo corriendo, detrás el matarife con gancho largo, y detrás del mismo el resto del colegio acorralando al cerdo hasta que el matarife cogía al cerdo por debajo del morro con el gancho y ahí terminaba la diversión.

Bueno, todo eso no aclaraba nuestras dudas, ya que pensábamos, el cerdo no sólo tiene tocino sino también otras partes, independientemente del tocino, los chori-

zos, salchichones, jamones, todo esto en el secadero. Pero ¿y los lomos, la papada, los pies, las criadillas etc.? Esto no puede ser, algo pasa, hasta que un día por la noche vimos a un hombre que debía ser el cocinero o alguien relacionado con la cocina que llevaba una gran bandeja con solomillos del cerdo a la casa, que estaba a la entrada del colegio, de un tal Tortajada y que era el «administrador» del colegio.

Bien, creo que me he alargado mucho por lo que aquí termino este relato que, espero y deseo, no os haya parecido un tostón. Un fuerte abrazo a todos los Pínfanos.

FIN DEL INTERNADO

Vicente Torres Cunill



El mes de mayo de 1960 fue un difícil mes. El nerviosismo se iba adueñando de mí, sin que los intentos de animarme por parte de Carmen y de mis compañeros, sirvieran para otra cosa que ponerme más intranquilo.

Rebuscando entre mis papeles, fotos antiguas del Colegio, encuentro entre ellas, el escrito del coronel jefe de Estudios de la AGM, de fecha 25 de febrero de 1960, donde quedo admitido para examinarme en la próxima convocatoria. En la parte inferior, y con un poco de buena voluntad, se puede ver la señal dejada en el escrito, por los labios de mi novia, Carmen, para darme suerte en el examen.

En mi mente se quedó grabada perfectamente la llegada al Colegio de compañeros de vuelta del examen de Zaragoza que no habían podido aprobar, siendo esa su última oportunidad. Sus apenados y entristecidos semblantes los mantenían a pesar de nuestros intentos por animarlos. El golpe era muy duro y quieras que no, el simple hecho de que yo pudiera acabar como ellos, me llenaba de nerviosismo y, por qué no decirlo, de miedo.

No podía dormir por las noches y, ya al final, pero muy al final, me llené de valor (no sé cómo), y levantando la cara, me fui hacia el toro, diciendo, si Dios quiere, ingresaré y si no (de esto no me acuerdo).

Como tampoco recuerdo, el día que a mi tanda le tocó la marcha hacia la estación de Atocha y con ello, con la maleta en la mano, nos tocó también decir adiós a los 14 años de internado. Ya nunca más, fuera el resultado que fuera, mis pies pisarían otro centro similar.

Durante el corto trayecto hasta la estación, donde debíamos coger el tren, pasaba por mi mente el desfile de mis años pinfaniles. Qué lejos quedaba mi Colegio de monjas de Padrón, la música de los jardines Villa Rosa

durante los meses calurosos, endulzando mis oídos en las noches del Colegio de López de Hoyos, mis partidos de futbol en Carabanchel Bajo, así como mis últimos años en el Alto con los maravillosos compañeros que el destino quiso que yo conociera, y con mi querida Carmen, que el Señor tuvo a bien poner en mi camino.

Pero bueno, llegó la hora de la verdad, y yo ya me encontraba al lado del río Ebro, con la santa misión de aprobar todo lo que me echaran encima.

El reconocimiento médico fue duro y severo. Pero lo pasé sin ninguna dificultad, ya que yo tenía todo en mi sitio y, gracias a la cantidad de zanahorias que había comido en la calle Arturo Soria, mi vista era muy buena, así como el oído.

Al día siguiente, nos enfrentamos a la prueba de gimnasia, con los saltos del caballo, potro etc. Aquí ya empezaban a echar gente a su casa, y no pocos, como comenté anteriormente.

Recuerdo un huérfano que no pudo superar la prueba de los 100 metros lisos, llegando el último de la tanda de los 8 que corrían.

El comandante jefe de esa prueba lo llamó para comunicarle que estaba eliminado. El aspirante a cadete le rogó que no le suspendiera ya que era su última oportunidad, por la edad, para ingresar. El comandante le expresó que no era posible y que tenía que retirarle el dorsal. Entonces, el frustrado corredor, con lágrimas en los ojos, le contestó al Juez:

—Es que soy huérfano de guerra. No me suspenda.

El militar se emocionó, pero no cedió en su veredicto. A pesar de la segunda negativa, el joven insistió:

—Mi comandante, en mi casa somos muy pobres, mi madre recoge carbón en las vías del tren y mi hermana

está de puta en las calles de Sevilla. Yo soy la única esperanza en mi familia.

Todo era una sarta de mentiras, claro. Pero, ante tal cúmulo de desgracias, y llorando con el alumno, el comandante le dijo.

—Váyase con el resto de los aspirantes y que tenga suerte en los demás exámenes, hijo mío.

El huérfano aprobó el resto de las pruebas e ingresó de Cadete en la Academia General Militar.

Este huérfano, al que yo conozco, con el tiempo, además de militar, fue articulista y novelista. Claro.

Yo, desde el mes de abril, tenía sumo cuidado de no lesionarme, ya que cualquier problema físico, de cierta relevancia, podía ser causa de no poder examinarme y ya entonces se hubiera acabado la historia.

El caso es que, a las 09:00 de la mañana, estando al aire libre en el campo de deportes de la Academia General y con la vestimenta adecuada, un comandante, con la lista de aspirantes en la mano, nos iba llamando de uno en uno, para que iniciáramos el oportuno salto de los aparatos.

En mi fila yo debía ser, más o menos, el décimo. Se dio la circunstancia que los dos anteriores a mí, se dieron una torta mayúscula al ir a saltar, no llegando a intentarlo, en la tercera oportunidad. No es que me animase mucho lo anterior ocurrido a los dos aspirantes, pero hice lo imposible por olvidarlo. Y la verdad es que, me lancé con todas mis fuerzas, saliéndome unos saltos muy buenos.

Nada más salir del examen, me cambié y cogí el tranvía con Juan Ochoa Galicia y nos fuimos a la Hospedería del Pilar, pegadita a la Basílica del Pilar, donde, normalmente, estábamos ubicados los pínfanos en Zaragoza, a

la espera de ir al «matadero». Me puse a estudiar en el dormitorio junto a otros compañeros, para el examen del día siguiente, hasta la hora de cenar y ya un tanto cansado, me dispuse a dormir, para así estar en forma de cara al examen.

Como dije en otra ocasión, los exámenes duraban, entre los dos grupos, unos diez días. El caso es que, llega el día del último examen. El oral, de Geometría. Aquí se decidía todo. El ser o no ser. La nota de este oral se podía compensar con la nota que habías obtenido en el examen escrito de Geometría del día anterior, donde me pusieron un 4. Es decir, que me tenían que poner un 6 en el examen oral para poder aprobar todo.

La noche anterior, la pasé fatal. A pesar de los ánimos que el director me dio por la tarde, de lo cual le doy las gracias, el desfile por mi mente de recelo, pesadumbre y desasosiego, era continuo. No podía quitármelo de encima.

En la entrada a la Hospedería del Pilar, recuerdo que se encontraba una capilla, con una Virgen muy bonita. Entré en ella y descubro que, dentro, estaban casi todos los pínfanos que durante esos días coincidíamos en los exámenes de las distintas pruebas. Le insinué a la Virgen que primero echara una mano a los que teníamos la «última oportunidad», a los otros, que esperasen al año siguiente.

Bueno, pues me levanto a las 7 de la mañana. Apenas pude probar bocado alguno en el desayuno y, pasando previamente por la capilla a recordarle a la Virgen la petición del día anterior, nos dirigimos a la plaza de la Seo, a coger el tranvía que nos dejaba enfrente mismo de la Academia General Militar.

La sensación que yo tenía en ese momento de enfilear la avenida de la entrada en la Academia debía ser la misma que tienen los toreros cuando van a salir al ruedo a lidiar su toro. Si no peor.

Ya llevábamos cinco días de exámenes el grupo de aspirantes que nos encontrábamos juntos, en la antesala del salón donde el público se encontraba sentado, a la espera de la entrada de seis en seis, a efectuar el examen final.

El número de papeletas que teníamos que haber estudiado previamente no lo recuerdo, pero todas estaban representadas por un número, que se encontraban en unas bolitas dentro de un bombo.

En un momento determinado, un auxiliar, con la lista de los aspirantes de ese día en la mano, empezó a llamar por el nombre y apellido a los seis primeros. Entramos en perfecto orden hacia una enorme mesa alargada, donde se encontraban los comandantes y algún teniente coronel, jueces y árbitros de nuestro destino en la vida. Yo los miraba a la cara, y me parecían seres diabólicos, con expresiones malignas.

La visión del bombo, con las famosas bolitas y el número correspondiente, estaban fijas en nuestras mentes. El coronel me nombró, para que me acercara al bombo y le diera a la manivela, al objeto de que saliera la bolita de la suerte o de la desgracia. Lo normal era que llevásemos unas papeletas mejor preparadas que otras, pero, por mi parte, me daba igual el número que me saliera en la bolita.

Mis piernas parecían que se negaban a ir hacia el bombo, de miedo que tenía, pero creí ver en el rostro del presidente de la mesa, un ligero gesto de contrariedad, que hizo que mis piernas volasen hasta el bombo.

El 37. Esa fue la papeleta que me tocó. La verdad, recuerdo que en ese momento yo tenía la mente en blanco, no me acordaba absolutamente de nada y no recordaba si la papeleta 37 era buena o mala. Respiré profundamente, cogí el papel de la papeleta y me dirigí hacia una enorme pizarra negra como el carbón.

Allí de pie y dando la espalda al tribunal, igual que los otros cinco aspirantes, nos dispusimos a desarrollar, con la tiza en la mano, cada uno la papeleta que en suerte nos había tocado.

Debo reconocer que a mí siempre me ha gustado escribir y dibujar en la pizarra. Se me daba muy bien el desarrollar cualquier tema con una tiza en la mano. Como el examen era de Geometría y Trigonometría, tuve ocasión de exponer y componer en la pizarra, de 2 por 1,5 m., unas figuras geométricas angelicales, amén de unas llaves explicativas que acompañaban a las figuras, desarrollando las respuestas que, además las aclaraban de una manera diáfana.

Estando en el Colegio de Carabanchel Alto, ya el profesor coronel Lobo, sabedor de mi facilidad con la tiza, me hizo hincapié en que abusase de ello cuando me tocase plasmar la papeleta en la pizarra.

Cuando un aspirante había terminado de exponer la papeleta en la pizarra, debía dejar la tiza y dar media vuelta en posición de firmes. Y esperar a que el tribunal se dirigiera a él, para empezar a explicar la lección.

Pensaba en esos momentos, antes de contestar, que la papeleta estaba muy bien expuesta y todas las preguntas perfectamente contestadas. Si querían aprobarme, allí tenían suficientes razones para hacerlo. No obstante, todos los aspirantes teníamos miedo a las preguntas, que

cualquier miembro del tribunal hacía, una vez terminada tu disertación de lo escrito en la pizarra. La pregunta o las temidas preguntas podían ser de cualquier tema que el componente del tribunal quisiera. Eso era lo más temido de los aspirantes, sabedores de que, aunque hubieras explicado la papeleta en suerte muy bien, podían mandarte a tu casa si fallabas las preguntas.

Procuraba respirar profundamente a la espera de la dichosa preguntita. Me la hizo el coronel presidente. Respiré con cierta tranquilidad, porque sabía la respuesta, relativamente fácil, habiendo estudiado, claro. Era un problema de trigonometría, en donde te daban los senos, cosenos y tangentes, de los ángulos de un triángulo y tenías que hallar su valor en otros ángulos. Para no cansar al lector, hube de dibujar una circunferencia (las hacía perfectas) y unos grados y triángulos. Ese día las figuras geométricas, me salieron perfectas, parecía que mi mano la cogía alguien de allí arriba, y que era Él quién realmente cogía la tiza y plasmaba en la negra pizarra, las figuras necesarias. Gracias.

Mi posición de firmes delante del tribunal tampoco podía ser más perfecta: tacones unidos, los pies con un ángulo de 45° , brazos pegados al cuerpo, manos cerradas, pero no apretadas. En fin, creo que el tribunal, ante el pínfano que tenían delante, no podía hacer otra cosa más que aprobarle.

Cuando el coronel presidente, me dijo «Muy bien, puede retirarse», lo que significaba que había aprobado todo, di un taconazo, como yo solo puedo hacerlo: ni muy fuerte, ni muy flojo.

José Antonio Duarte, que casualmente estaba en la pizarra de al lado, terminando de escribir su papeleta, me susurró: «Enhorabuena».

Estaba borracho de felicidad, en ese momento todo el mundo era bueno para mí. Quería que todas las personas con las que me cruzaba se enterasen que había ingresado en la Academia General Militar, aunque creo que se me notaba en el semblante.

El coronel director del Colegio me abrazó, y me recomendó que me fuera a la Hospedería a meterme una buena ducha y a animar a los que el día siguiente, tenían que sufrir los exámenes.

La vuelta a Zaragoza en el tranvía se me pasó volando, ya que por mi cabeza iban pasando infinidad de personas, momentos, hechos, pero sin ningún orden. Mi cabeza parecía que iba a estallar en cualquier momento. El tranvía cruzaba el río Ebro, cuando volví a la realidad, bajando de los últimos sin prisa alguna, ya que me encontraba como un autómatas y deambulaba como si estuviera en una nube.

Como para llegar a la Hospedería tenía que pasar por delante del Pilar, pasé a dar las gracias a la Virgen, por haberme ayudado.

Cuando entré en la nave del dormitorio, ya todos conocían la noticia y vinieron a abrazarme. Las preguntas se sucedían una tras otras, estando todos ansiosos por saber de mi boca, cómo había sido el examen oral, qué papeleta me tocó, si había mucho público en la tribuna, qué pregunta me hicieron al final etc.

El caso es que les recomendé, con una poquita autosuficiencia y un pelín de chulería, que lo mejor que podían hacer, era seguir estudiando las pocas horas que les quedaban y que estuvieran tranquilos, como yo estuve.

Eso sí, al comentarles que se lo pedí a la Virgen que estaba en el recibidor de la Hospedería, me dejaron solo y se fueron a rezar la mayoría.

Qué ducha. Maravillosa ducha. Mi vecino en la cama me dejó su gel de baño y me dijo que no me preocupara de usar todo el que quisiera. Que no me preocupase por el gel. Y allí estuve durante media hora. Me puse ropa de paisano y me fui volando a la Telefónica, en el Paseo de la Independencia, para llamar a mi madre y decirle la noticia. Porque la pobre estaba más que asustada.

Ya más tranquilo, llamé a Carmen, comunicándole también que había aprobado y planeando con ella una visita en agosto, a Benidorm, donde ella siempre veraneaba.

Terminadas mis conversaciones telefónicas, me tomé unas cañitas en el bar La Espiga y, a continuación, al cine Palafox. No recuerdo la película, pero sí la música que, en el momento de entrar en el cine y antes de apagarse las luces, se oía por todos los salones. Era una canción que hacía referencia a Brigitte Bardot, BB, una guapa y rubia francesita.

Terminada la película, marché a la Hospedería, donde mis compañeros todavía estaban hincando los codos.

Tardé mucho todavía en dormirme, ya que alguno me pidió por favor que le ayudase a resolver un problema de Geometría, cosa que naturalmente hice con sumo placer, pudiendo comprobar lo bien que se ven los toros desde la barrera.

Esta foto es especial para mí y para todos los pínfanos. En ella se puede contemplar perfectamente, en el centro, la Basílica del Pilar. En el extremo derecho la torre de la Seo, catedral de Zaragoza, a cuyo pie salían los tranvías que nos llevaban a la Academia General Militar. Y en la parte izquierda, y a continuación de la Basílica, se puede ver un edificio con cuatro arcos, que pertenecen a la Hospedería del Pilar, testigo en 1960, de mi felicidad y de mi tranquilidad celestial.

Era norma de la Academia General que los que habían ingresado el día anterior, debían presentarse en la Jefatura de Estudios al día siguiente, a fin de recibir las instrucciones de los primeros pasos a realizar durante el verano. Amén de ir a la sastrería de Zaragoza que quisiéramos, a que nos tomasen medidas para el uniforme de Cadete, así como una primera prueba, sin la cual no deberíamos salir de la ciudad.

Con la entrega por parte del coronel jefe del Detall de unas cadeteras rojas (que todavía tengo), para la madre o para la novia, nos despedimos momentáneamente de la Academia, con la promesa de que volveríamos a ella, un día del mes de septiembre.

Y, aunque esta historia ya se va acabando, no quiero terminar este relato. Ya que cuando me despido de algo muy importante para mí, como es mi tiempo pasado, mis antiguos compañeros, parece que, a la vez, te estás despidiendo de ti mismo.

Porque en el fondo, una parte de ti se está yendo al decir adiós.

No recuerdo quién dijo que se tarda un minuto en decir «hola» y toda una vida en decir «adiós». Así que he decidido alargar la despedida para alegría y felicidad mía. Aunque, la verdad, pienso que mis recuerdos los llevaré siempre conmigo y nadie me los podrá arrebatar. Además, pretendo «vivir siempre» y, por ahora, lo voy consiguiendo.

En el párrafo anterior, comento que he decidido alargar mi despedida, pero en realidad, no nos engañemos, es que no sé cómo acabar esta historia de los pínfanos, representada en mi persona, porque nunca he escrito más de una página, y por lo tanto nunca me había encontrado ante una situación semejante. Os comento un secretillo,

sobre esto anterior. Más de diez veces he ido a El Corte Inglés de la calle Goya a la sección de libros y he estado ojeando muchos de ellos, para empaparme la terminación de estos. Y al final solo he conseguido calentarme la cabeza, sacando la conclusión de que no me ha servido absolutamente para nada.

Bueno, volviendo a la Academia. Comento que después de hacerme la primera prueba del nuevo uniforme, y de hacer la despedida sentida de mis compañeros, que todavía se encontraban en la Hospedería pendientes de alguna prueba de ingreso, cogí el tren a Barcelona. Para comenzar mi nueva vida, planificar la visita a mi familia y ver si podía ir a darle en persona, a Carmen, las «cadeteras». Acompañado de algún beso, que me compensara los malos ratos que había pasado en Zaragoza.

Ya en mi compartimento del tren, camino de la ciudad condal, en la tranquilidad que me daba en aquel momento el traqueteo del tren, me fue imposible el no recordar la vida que, ya definitivamente, acababa de dejar atrás. Quizás en ese momento, en la soledad física en que me encontraba dentro del compartimento del tren, después de mucho tiempo, entré en un estado sensible y me dejé impresionar pensando en la vida que anteriormente me había tocado vivir, por circunstancias ajenas a mi persona. Fue cuando, en realidad, mi mente hizo un repaso de todo lo ocurrido en mi vida: Cuando, con solo siete añitos, mi querida madre, a la que nunca supe demostrarle o compensarle, todo mi amor y agradecimiento por los sacrificios que tuvo que padecer, al tener que separarse de su hijo más pequeño, durante tantos años, repito, con solo siete años y en un tren un poco más antiguo que el presente, me llevaba a Padrón.

De pie y apoyado en la ventanilla del compartimento, iba dejando que mi mente, siguiera recorriendo libre-

mente mis distintas estancias en los internados. No pude impedir que unas lágrimas fueran recorriendo mis mejillas, primero despacio y después no tanto, al recordar los catorce años anteriores, encerrado la mayor parte del tiempo, entre cuatro paredes y sin poder salir a la calle muchos domingos.

Lo primero que me vino a la mente, en ese paso de la película de mi vida, fue el frío. La falta de ropa de abrigo suficiente para vencer el frío hizo de ello un problema urgente a resolver, usando hojas de papel que me colocaba debajo de la camisa. No lo había citado anteriormente. Como meter un ladrillo caliente, dentro de mis sábanas en el colegio de La Inmaculada, siguiendo el sabio consejo del obrero. Siempre he sido muy friolero. Ya he mencionado mis carreras a coger, en los descansos entre las clases, un sitio pegado a los radiadores de la calefacción, situados en los pasillos, ganando a Manolo Puente, Antolín o a Fajardo, que intentaban hacer lo mismo.

En ese recorrido mental, a continuación, entraba el importante capítulo de la alimentación. No podía dejar de pensar en mi lucha por buscar algo que llenara mi estómago, de lo cual no me avergüenzo. Las argucias que inventaba (los cuadernos de 25 hojas que por la noche sentado en el plato de la ducha y a la luz de una vela fabricaba para tener pan el día siguiente). Eso hacía que mi mente discurriera a más velocidad que la de mis compañeros, para intentar solucionar ese problema, ya que quisieras o no, ellos eran mi competencia. Ejemplo de ello, mis conquistas matutinas del gofio canario del bueno de García Robayna y del aceite de oliva de Martínez de Cazorla.

No sé si fue que entraron personas en el compartimento. El caso es que cortaron mis pensamientos, pero solo momentáneamente, ya que una vez que nos senta-

mos todos en nuestra plaza, mi mente voló alegre y nuevamente a repasar en detalle, paso a paso, mi vida. Aunque aquí solo describa lo más sustancial.

Enumerar las personas que, durante esos catorce años, me hicieron compañía en un sentido o en otro, compañeros, profesores, hermanas de la Caridad en los primeros años, traería consigo alargar este relato muchas páginas, ya que me acuerdo de muchos de ellos. Todos sirvieron para moldear mi forma de ser, mi modo de pensar. Cada uno una parte. En fin, mi estilo de hacer frente a los distintos y continuos problemas, que todos tenemos o nos encontramos, en el largo recorrido de nuestro caminar por la vida.

Me estaba dando cuenta, de que solo contaba cosas del pasado que eran positivas, y es verdad. Pero siempre ocurre lo mismo: «la memoria del corazón elimina los malos recuerdos y hace mucho más grandes los buenos. Y gracias a esto, logramos sobrellevar el pasado».

Esta despedida, quizá sea para siempre, pero los recuerdos imborrables de mi etapa pinfaníl, nunca se esfumarán de mi pensamiento.

Bueno, adiós.

LAS LÁGRIMAS SANADORAS

Carmen de Miguel Sánchez



6 de enero de 1959, Badajoz

Como cada año, el día de Reyes, los cinco hermanos salíamos en fila desde nuestras habitaciones. Yo, la más pequeña, iba la primera, impaciente por ver los regalos tan deseados que nos habían dejado los Reyes Magos.

Antes de llegar al comedor, mi tía Isabel, hermana de mi madre que vivía con nosotros —como solía ser habitual en aquellos tiempos, cuando las hermanas solteras ayudaban a criar a los hijos de la mayor—, nos pidió que no hiciéramos ruido porque nuestro padre se encontraba mal, y así lo hicimos. Y sí, estaba mal... tan mal que, apenas unos meses después, el 26 de abril, se marchó para siempre.

En aquella época, una niña de diez años no era tan despierta como las de ahora. De un día para otro, dejé de ser “la hija del capitán de Miguel” para convertirme en “la huérfana del capitán de Miguel”. Me vistieron completamente de negro, incluso los lazos de mis trenzas.

Pasaron los días, y en casa empezaron a contarme que iría a estudiar interna a un colegio con muchas niñas y unas monjas que nos cuidarían muy bien, y así fue, pasado el verano, me cortaron mis preciosas trenzas para que pudiera peinarme sola, y llegó el día de partir al que sería mi nuevo hogar con mi maletita de cartón acompañada por mi madre y mi hermana Genoveva—a quien todos llamábamos Beba—, fuimos hasta la estación de Las Delicias, y de ahí, subiendo por una amplia calle, llegamos a Atocha. El destino final: Aranjuez.

Por fin llegamos al colegio María Cristina, en el que vivían huérfanas de Oficiales del Ejército, en su mayoría de Infantería. Pero esta historia merece un capítulo aparte.

Pasaron los años y yo era feliz en el colegio, muy feliz. Allí encontré amigas maravillosas, que se convirtieron en hermanas del alma. Afortunadamente, tengo muy buenos recuerdos de los años vividos con ellas, aunque la vida, una vez más, me tenía preparado otro duro golpe.

Durante seis años, mi madre padeció Alzheimer prematuro, en aquella época nadie entendía ni sabía lo que le pasaba a mi madre, imaginaros como lo pude vivir yo, que cuando iba de vacaciones a mi casa, mi madre ya no me conocía y a mí se me rompía el corazón, esta enfermedad no solo produjo un deterioro importante en ella, sino que también fue un desgaste profundo para toda la familia. Por desgracia, al ser un Alzheimer genético y hereditario, años después lo sufrieron también mis hermanos y algunos de mis sobrinos.

Cuando cumplí diecisiete años, un 14 de agosto después de varios días en el hospital, mi madre falleció, yo había estado mucho tiempo sola en casa y me había dado por comer huevos fritos, de repente me puse amarilla como un girasol, además sentía una rabia contenida enorme, seguía sin comprender tanta penuria, y esa rabia me impedía llorar y se me fue formando en el ojo derecho un enorme orzuelo que parecía otro ojo, toda vestida de negro parecía una aparición.

Me llevaron al médico y me dijo que ese orzuelo me había salido por no llorar y que, cuando empezase a llorar, desaparecería.

Terminaron las vacaciones de verano y volví al colegio con mi gran orzuelo y sin soltar una lágrima.

Pero allí estaban mis queridas Pinfanitas que me recibieron con muchos abrazos y mucho cariño, y con su constante compañía fueron pasando los días y de repente empecé a llorar y llorar como una Magdalena. Siempre

tenía a mi lado a alguna de mis queridas compañeras, especialmente a una, mi querida Paquita Gamero, más conocida por Fancho, ella era mi hermana de pupitre, los tres años de Magisterio nos sentamos juntas y ella me sacó más lágrimas que nadie, de día y de noche.

Aquel orzuelo o segundo ojo que me había salido, se fue desinflando al tiempo que yo me quedaba sin lágrimas. La rabia contenida disminuía y la serenidad parecía encontrar un lugar en mi corazón, mi cabeza y mi alma.

Fueron las lágrimas sanadoras, y mis compis Pínfanas amorosas, fueron las que me sacaron del pozo en el que había caído, y del que sola no podía salir.

Pero no os quedéis con mal sabor de boca, esto fue un hecho en mi vida triste y doloroso pero que me hizo crecer como persona, y me hizo darme cuenta de lo valioso que es el cariño de los demás, mi paso por el colegio fue en conjunto una experiencia que me enseñó a respetar a las personas que forman parte de nuestra vida.

Como quiero que os quedéis con un buen recuerdo de esta etapa de mi vida, os diré que cuando estábamos en el colegio y teníamos algún examen por la mañana, las Pínfanas de mi curso nos levantábamos pronto y bajábamos al patio de los comedores, donde acababan de dejar unas cestas de barras de pan recién hechas, cogíamos un par y nos las comíamos gustosamente con el aceite que mi querida hermana Beba me traía cuando venía a visitarme, echándole un poquito de azúcar por encima, ese panecillo con ese rico aceite, nos daba la energía suficiente para hacer el examen y pasar de nuevo un maravilloso día.

También era muy divertido subir y bajar por las famosas escaleras de San Rafael cogiéndonos la faldilla del uni-

forme, haciendo ver que éramos princesas que esperaban la llegada de su príncipe.

Podría enumeraros muchas anécdotas y cosas vividas en el colegio María Cristina ya que tantos años dan para mucho, aunque sé que no todas las alumnas vivieron momentos tan entrañables, mi experiencia como Pínfana y Cristina, marcaron como os he dicho antes una etapa de mi vida que recordaré siempre con mucho cariño y de la que he hablado a mi familia y amistades con mucho amor.

Y quiero dedicar este escrito a todas las compañeras que siguen conmigo y a las que ya no están, por que hicieron que el colegio fuera mi nuevo hogar y me sintiera arropada por ellas y querida desde el primer día hasta hoy que sigo disfrutando cada año cuando puedo asistir a las reuniones y juntarme con muchas de ellas.

Por cierto, deciros también que dos de mis hermanos fueron a estudiar al colegio de Santiago en Valladolid, ellos también disfrutaron de esa etapa estando internos.

**AVENTURAS INÉDITAS EN EL COLEGIO
M^a CRISTINA**

Alicia Redondo Saussol



13 de noviembre 1967

La comida reposaba ya en nuestros estómagos no muy llenos por las lentejas y las pelotas, cuando de repente aparecieron unas cajas blancas con unos signos grandes en rojo “L&M” en los bolsillos de algunas componentes de tan ameno grupo.

Una idea luminosa apareció entre las de “el clan”:

—Un pitillito ahora sería de pánico, nos sentaría la comida estupendamente y además nos ayudaría a hacer mejor la digestión, ¿verdad?

Solo oír esto, salimos todas como una flecha por las escaleras de Elvirita al lavabo de Santa Ana (uno que han hecho nuevo, que tiene un baño con cortina, dos lavabos, un taburete y una palangana encima del taburete, con ropa).

—Aquí nos nos pillan, dice una. Tenemos dos puertas: la de Elvirita y la del pasillo. Cerrando la del pasillo con llave tenemos ya campo libre, pues Elvira no está, la pianista tampoco, y unas buenas piernas para correr.

Empezamos la función. Lorda, Mabel, Inma, Esperanza. Al cabo de breves instantes llega Alicia y Alonso. Alonso vuelve a bajar con Romeo. Las pescan a estas dos bajando.

A todo esto, en el lavabo club, como le habíamos designado, se oían comentarios como:

—Si vienen y nos pescan, tú y yo al baño. Corremos las cortinas y aquí no hay nadie.

—Si nos pescan y preguntan quiénes son, adivínelo usted que es tan lista.

De repente... miedo en el club. La Tere y la Esperanza.

—Esto ya es lo último. Vienen a pasar a este lavabo que es interior. Ya no tienen otro sitio. Ah pero ya pesqué a las autoras de esto (comentaban).

Nosotras mutis.

A todo esto abren la puerta del pasillo y se alejan. Todas queríamos salir, pero aún se oían las voces de la Tere y de la Espe gritando. Optamos pues por quedarnos mientras de nuevo la Espe cierra la puerta de Elvirita. ¡oh!

—¡Salgan las que están ahí!

Lorda y Esperanza al baño. Cortinas corridas. Las restantes muertas de risa, seguían dentro.

—¡Salgan he dicho! Me quedaré aquí hasta que quieran salir y me sentaré para esperarlas.

(Más risas).

—Bueno, se oye. Hay que salir. Pero ¿quién es la guapa que sale la primera?

—Yo no.

—Yo tampoco.

—Pues no seré yo.

—Bueno, pues lo echamos a plom.

Alicia sale a plom y le toca a Lorda.

—Esto no vale, dice ella

Y empieza nuevamente a plom. Viendo que este método no daba resultado, nos quedamos mirándonos. ¿quién será la valiente?

Alicia abre dos veces la puerta y se esconde detrás de ella, pero nadie sale. Se vuelve a cerrar. Se oyen los pasos de la monja como si se fuese. Entonces Esperanza dice:

—Bueno, seré yo la primera.

Ninguna salimos, pero ¡oh! ¡La desgracia! La Espe en la puerta

—¡Salgan, salgan!

No había otra solución. Salimos dos.

Lorda se escondió en el baño y corrió las cortinas otra vez. Inma y Mabel detrás de la puerta.

—¡Sus nombres! —nos dice la monja.

—Yo, Esperanza

(Risitas desde el lavabo)

—¡Salgan las que quedan en el lavabo! Esto es lo último. Ya no tienen otro sitio y vienen aquí.

Salen las restantes muertas de risa. Le dice Esperanza a Inma:

—Vete a buscar a la madre Mercedes o a la madre Natividad.

—¡Uy! Yo no.

(Más risas).

Continúa tomando nombres:

—¿Cómo te llamas tú?

—Inmaculada.

—¿Y tú?

—Pilar

—¿Y tú?

—Isabel

Jajaja.

—Bueno, ya se lo diré yo a quien se lo tenga que decir.

Salimos casi llorando de la risa y nos fuimos derechitas a decírselo a la madre Natividad. Como estaba con la madre Mercedes, no nos regañó. Nos dijo, bueno ahora airearos un poco por lo menos.

Y aquí se terminó todo. Sin más transcendencia para ninguna.

8 febrero de 1968

En la noche del 8 de febrero de 1968, en vista de la gripe que poseían muchas niñas, nuestras educadoras decidieron darnos la cena antes y cuál no sería nuestro asombro cuando al final nos sorprenden con una copa de coñac.

Por todas partes se veían caras de satisfacción, risas... quizá por el efecto del coñac... otras porque tenían algo planeado y parecía salirles bien, y otras por las dos cosas.

Mabel era la que poseía las llaves del reino, después de mucho circular del dormitorio a la sección, sección, maletas, maletas, dormitorio y... en uno de los retornos a la sección me veo a Mabel y a Monchy que suben con cara de pena.

Yo, ante aquel cambio brusco reaccioné y les dije:

—¡Pero qué pasa! —y me respondieron las dos a una.

—Que nos han pedido la llave de la biblioteca.

Yo al principio pensé, qué tendrá que ver esto, pero al final comprendí. Pero qué les iba a pasar Señor, que esa noche salía EL SANTO en la tele y tanto una como otra estaban desoladas, mientras que otras nos alegrábamos en el fondo pues es un personaje odioso.

En vista de que “los pitus” habían salido de la maleta como atraídos por mi imán, pensamos que no era justo que se pasasen una noche en vela y decidimos complacerles, mejor dicho complacernos nosotras. Pero antes de eso...

A Alix se le ocurrió hacer un alto en la velada, mientras que Monchy se encontraba en los lavabos, cogió mi almohada junto con mi salto de cama y con mucho cuidado formó una figura humana dentro de la cama de Monchy.

Tan sumamente bien la hizo que daba el camelo y tanto que lo daba hasta el extremo de que Mary Cruz, muy cariñosa, fue a darles las buenas noches y al no encontrarle la cara para darle un beso, preguntó, Mari Carmen ¿qué te pasa?

En vista de que no recibía contestación decidió avisarla con un leve toque de mano derecha, pero al notarlo tan blando empezó a tirar y tirar y salió mi salto de cama. En fin... eso no supuso ningún problema pues Alix con su mano artística lo volvió a formar, mientras que yo la avisaba por si venía la interesada.

Nada, pasó un minuto o quizás menos, cuando me vuelvo a mi cama y no veo a Alix, pero seguidamente oigo unas risitas debajo de mi cama y una voz que me dice chist, no digas nada, yo chitón. Se abre la puerta del lavabo y aparece la silueta de Monchy. Yo la miro de soslayo y digo ahí viene, Alix no dejaba de reír.

Monchy al principio no se dio cuenta pero al llegar a su departamento y al encontrar un ser extraño dentro de su cama y a Alix que no aparecía por ninguna parte, dijo ¿quién está en mi cama? Y al llegar la tocó y dijo ¡venga Alix, levántate de mi cama! Al oír esto se oyó una desfogación general en el dormitorio.

Después de mucho reírnos, y en el momento en que Alicia se introducía en su cama-coche, empezó a funcionar con tanto ruido que a las protestantes de siempre les tocó actuar, el coche chocó contra dos camas, desarmándose por completo, ruedas por un lado, zapatos por otro, en fin, aquello parecía el nodo de una película de terror.

Por suerte las monjas no se enteraron de aquel estropicio y nos salvamos. Pudimos guardarlo como una anécdota más en nuestra memoria.



ASOCIACIÓN DE HUÉRFANOS DEL EJÉRCITO

<https://www.pinfanos.es>

secretario@pinfanos.es
c/ Joaquín Costa, 6
Madrid (28002)

Este libro se terminó de reeditar el
7 de mayo de 2025

